HEROES ESPACIO

BRUGUERA

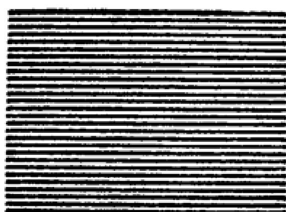
BOLSILIBROS

FUTURO

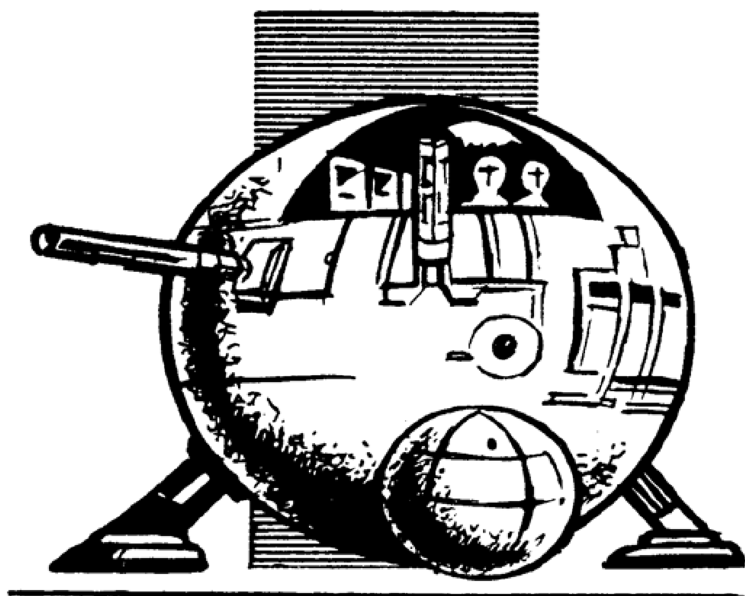
LA NAVE MALDITA

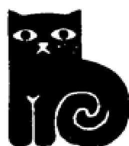
LEM RYAN





héroes del ESPACIO





LEM RYAN

LA NAVE MALDITA

Colección
HÉROES DEL ESPACIO n.° 170
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
CAMPS Y FABRES. 5 - BARCELONA

ISBN: 84-02-09281-6
Depósito legal: 23.187 - 1983

Impreso en España
Printed in Spain

1ª Edición: Agosto 1983

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N 152. Km 21.65) Barcelona

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

165— El ojo de Ukhlan, Lem Ryam

166— Robinsones del espacia Bab Fleming

167— *Stop espacial,* Joseph Lewis

168— Las bucaneras del espacio, Joseph Berna

169— Los límites del espacia Law Space

CAPITULO PRIMERO

Amanecía. El sol aparecía, tímido, por el horizonte del planeta y mostraba azules rayos, que la atmósfera enturbiaba haciendo, con ellos, una preciosa aureola de brillantes colores ceñida a la estrella-sol como una corona hecha con las más increíbles gemas que pudieran hallarse en todo el Universo. Y aquel singular espectáculo tenía un rival en el mar, en las azules y espumosas olas que reflejaban los rayos solares que, si ya eran hermosos por sí solos, allí alcanzaban una belleza indescriptible, digna de ser contemplada por los dioses.

Y en verdad dioses parecían aquellas dos figuras que estaban bañándose en la orilla de aquel impresionante mar. Dioses que, por su belleza, parecían bajados de Lorea-Ka, la ciudad de los dioses, hecha de cristal por el propio Valyea, señor de todo lo que existe. Ellos mismos podían haber sido confundidos por hijos del poderoso rey. Sin embargo, sólo eran dos simples seres humanos, dos criaturas pertenecientes a la raza que, nacida del vientre de una diosa fecundada por uno de los hijos de Valyea, Ka-Dar, fue expulsada de la Ciudad de Cristal para, con sus hazañas y méritos, poder regresar a ella algún día.

Hombre y mujer, desnudos por completo, salieron del agua para tenderse en seguida sobre la arena. Se abrazaron apasionadamente, todavía mojados sus armoniosos cuerpos por el agua marina. Entregados a las caricias, musitando bellas palabras de amor en un lenguaje de cálidos sonidos que hubiese llevado la calma más absoluta a los corazones de tos que les mirasen, sólo pensaban en el mutuo amor que compartían. La alegría llenó sus almas cuando ambos supieron que estaban unidos, en aquellos momentos, por lazos que ni hombres ni dioses podían romper. Se sentían uno solo, un mismo cuerpo, una misma alma, un mismo pensamiento, y parecían flotar en un paraíso mucho más bello aún que el que les rodeaba. Todo ello secundado por un inmenso éxtasis y un placer que les hacía olvidar todo salvo aquellos instantes de amor.

Finalmente, todo pareció estallar en brillante luz y el volcán de pasión que ellos mismos habían creado entró en erupción, obligándoles a arquear sus cuerpos y a quedar tensos como las cuerdas de unos arcos a punto de ser disparados, mientras emitían

jadeos y suspiros y sus respiraciones se entrecortaban bruscamente, igual que sus corazones.

Después, volvieron a la realidad y se encontraron a ellos mismos en aquel bello lugar, con el sol, que ya había perdido su corona celestial, y el mar como fondo. Estaban aún abrazados, unidos sus cuerpos pero no sus almas, aunque sabían que continuaban juntos por las dulces cadenas del Amor.

Iss-Tar se incorporó. Su cuerpo joven y lleno por completo de belleza masculina ya estaba casi completamente seco, aunque sus cabellos continuaban mojados. Miró a Kaala, su compañera, tendida todavía sobre la arena, que le observaba amorosamente, con una dulce sonrisa en los labios.

Sonrió también y, sin decir nada, la ayudó a levantarse.

Junto a ella, volvió sus ojos en tomo a aquel lugar que parecía haberles hechizado. La virginal hermosura de aquel planeta le cautivó y, en lo más profundo de su ser, hubiera deseado continuar allí el resto de su existencia. Pero sabía que era imposible.

—Hemos de irnos —dijo. Y Kaala, agarrada a su brazo, caminó junto a él, alejándose de aquel lugar.

* * *

Iss-Tar miró las estrellas a través de una de las ventanas de su alojamiento en la nave. Aquella ventana era lo único que le separaba de ellas, su segundo gran amor, después de Kaala.

Kaala.

Su rostro se formó ante él, delante mismo de la ventana, con los ojos irritados por las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

Giró bruscamente, dejando de mirar por la ventana. Aquella visión le acompañaba día y noche, torturándole cada vez que se marchaba de su lado.

Era así como la veía cada vez que tenía que irse, que alejarse de ella durante algún tiempo en busca de lo que ella sabía que era otro amor para él, pero sin cuerpo de mujer, aunque conseguía hechizarle aún más que cualquier hembra: las estrellas.

Eran ellas las únicas que se interponían entre ellos. Las estrellas hacia las que se dirigía en aquel momento.

Pero el miedo que sentía Kaala no era debido a que el corazón de

su amado se encontrase dividido, sino a algo mil veces peor la guerra. La guerra contra tos Dull-Zacx, unos seres surgidos de la Nada — quizá de algún remotísimo lugar del Universo —, que se habían dedicado a exterminar a millones de seres sin previo aviso, a traición. Era el temor a perder su amor en aquella estúpida guerra sin motivo, contra aquellos viles monstruos, lo que atenazaba su alma y la obligaba a llorar todas las noches ante la creencia de haber perdido lo que ella más quería.

E Iss-Tar sabía todo aquello... y le dolía ser la causa de la amargura de Kaala. Pero era hombre de marcados ideales y estaba dispuesto a morir defendiendo al Imperio de aquellos que le atacaban. Ese era su deber como hombre... y como Supremo de la nave miliciana en la que estaba, cuyo nombre era el mismo que el del dios de la guerra, Xolter, que, según la leyenda, fue encarcelado para siempre en el corazón del primer hombre. Y, desde luego, la macronave con forma lenticular, del tamaño de un pequeño planeta y que parecía una ciudad majestuosa flotando en el Éter Cósmico, con grandes edificios de metal en sus partes superior e inferior — pues allí la gravedad venía determinada por cierto aparato ubicado en el centro de la nave—, parecía uno de los dominios del dios guerrero.

Para eso mismo había sido construida: para la guerra. Y era tanto su poder bélico que hasta los mismos hombres que albergaba en sus entrañas sentían cierto temor a que algún día, por alguna oscura razón, se volviese contra ellos, aniquilándoles completamente.

Sacudió la cabeza. No le gustaba la guerra. Más bien la odiaba con toda la fuerza con que era capaz. Sin embargo, no había más remedio que luchar contra los monstruos sin rostro que asesinaron sin piedad a tantos hombres, tantos semejantes suyos.

Si aquel conflicto hubiera sido entre hermanos, si los invasores fueran seres humanos, quizá se hubiera maldecido a sí mismo por pertenecer a la especie. Pero desconocían cómo eran tos atacantes. Por eso dieron en llamarles Dull-Zacx (Invasores Desconocidos).

Se dirigió a la puerta, con paso firme, y ésta se abrió sola, deslizándose hacia un lado para formar parte de la pared lateral, tras la orden mental que Iss-Tar diese al Computador Central o *xark*. Atravesó el umbral, lejanos sus pensamientos, perdidos entre la inmensidad del espacio pero, al mismo tiempo, ubicados en un lugar

concreto: un planeta llamado Vax 5, donde un paisaje hechicero le hizo saborear tos dulces placeres del amor.

Ante él se extendía un desierto corredor con paredes que despedían un suave fulgor que lo iluminaba todo. Comenzó a caminar a través de él, dispuesto a llegar hasta el centro neurálgico o *drax* de la nave para averiguar la situación a bordo.

Fue entonces cuando una sección de la dorada banda de metal que se ceñía a su muñeca se tomó roja, produciendo el lógico sobresalto que trae consigo saber el significado oculto tras ese hecho.

ALARMA.

Había un peligro que se cernía, inexorable, sobre la nave y, por esa razón, su brazalete diestro captó la señal enviada por la *xark,* que lo había descubierto.

Multitud de preguntas surgieron, al mismo tiempo, en su mente. Y la única respuesta a todas ellas sólo podía ser una: Dull-Zacx. Ellos eran, sin duda, tos causantes del peligro detectado.

Tocó con ambas manos su cinturón. Un brillo cegador envolvió su cuerpo y, en un instante, hizo lo que hubiera tardado en hacer, con medios físicos, en varios minutos. Cuando el brillo desapareció, estaba en el *drax.* A su alrededor, en aquella enorme cámara llena de pantallas y complicados aparatos, centro de mando de la nave, había gran agitación.

Una bella mujer, de oscuros cabellos, tan negros como los mismísimos espacios, contrastando con sus rasgados ojos azules y el dorado uniforme que enfundaba un cuerpo de belleza incomparable, lleno de encantos, se acercó a él. Iss-Tar la conocía bien. No en vano habían pasado ciclos enteros juntos, compartiendo el mando en aquella nave. Era una morena belleza axorita que había logrado un importante puesto en la milicia imperial.

—Zaia, ¿qué sucede? —preguntó.

—Unas naves Dull-Zacx se dirigen hacia nosotros —contestó la axorita—. Sus propósitos son evidentes, claro está, pues nos hallamos en un sector que ellos consideran suyo. Son cinco naves y están a unos seis *yongs.*

—Suficiente distancia como para poder desintegrarlos en pleno espacio.

—¿Doy la orden?

—No —negó, tras meditar unos momentos—. Hace bastante tiempo que deseo saber cómo son nuestros enemigos. Pienso que aquí tenemos la posibilidad.

—Sería mejor destruirlos, en lugar de correr riesgos.

—Puede sernos muy útil conocer algunos detalles sobre los Dull-Zacx. Así dejarían de ser *Desconocidos* y sabríamos sus puntos débiles —argumentó el joven Supremo.

—He de admitir que tus palabras están llenas de sabiduría. Me he dejado llevar por mi forma de pensar axorita, Iss-Tar. Como siempre, tienes razón.

—En ese caso y ya que tengo tu aprobación, saldré a capturar vivo por lo menos a uno de ellos.

Zaia le miró, con sus rasgados ojos muy abiertos, con algo parecido al miedo.

—Eso me parece una temeridad. ¿Por qué debes salir tú?

—Me corroe la curiosidad —se encogió de hombros— y quisiera ser el primero en ver a nuestros desconocidos enemigos.

—Es demasiado peligroso —continuó Zaia, tozuda. La sublevaba pensar que podía perder a Iss-Tar y el oculto amor que sentía por él con tan arriesgada acción.

—Si algo malo pasara, Xolter tendría un nuevo Supremo —sonrió Iss-Tar.

—Prefiero continuar a tus órdenes toda la vida.

El oculto sentido de aquella frase pasó desapercibido a Iss-Tar, que, sin añadir una palabra más, poniendo sus manos en el cinturón, desapareció tras un centelleo súbito, tele transportado.

Apareció, reintegrado, en el hangar o *konc* de Xolter, dentro de un caza ovoide, cuyo nombre era Jonr que, según la mitología, fue una de las hijas del dios de la guerra. Se sentó en el cómodo sillón, ante la pantalla del Jonr y su mente entró en contacto con la *xark*. Las órdenes dadas mediante telepatía al computador hicieron que éste abriese las puertas del hangar, dejando ver, tras ellas, la negrura del Vacío Eterno. Otra orden obligó al Jonr a moverse y a salir de la gran nave Xolter a una velocidad muy cercana a la de la propia luz.

Sin un solo sonido, la poderosa navecilla salió al exterior, a la oscuridad inmensa del Universo.

A partir de entonces, la autonomía del Jonr era total. Sólo estaba

unida a la gran macronave Xolter mediante la conexión de radio. Por lo demás, la *xark* ya no poseía dominio sobre el caza.

El computador de navegación y combate de la nave estaba en contacto con la mente de Iss-Tar, Supremo de Xolter y piloto del Jonr. De esta forma, era como si la máquina entera formase parte de él.

Quedó parado en pleno espacio, mientras dictaba órdenes a Xolter.

—Atención, Xolter, aquí el Supremo Iss-Tar —dijo, al mismo tiempo que conectaba el canal de telecomunicación—. Deseo cuatro cazas acompañándome. Zaia, elige a los pilotos.

Las órdenes fueron cumplidas al instante. Poco después, cuatro cazas muy semejantes al pilotado por Iss-Tar salían de las metálicas entrañas de la gigantesca cosmonave de combate para reunirse con él.

Los seres que pilotaban aquellas naves ya sabían cuál era su misión, por lo que hicieron falta más preámbulos.

Las toberas fotónicas despidieron luz al unísono y los cinco cazas imperiales salieron disparados a gran velocidad, con rumbo... a lo Desconocido.

* * *

Los Dull-Zacx.

Eran aquellas sus naves, no cabía duda. Iss-Tar las reconoció nada más verlas.

Eran plateadas. Toda su estructura metálica reflejaba la luz de los lejanos astros como un enorme espejo argénteo. Su forma era muy parecida a la que poseen los satélites planetarios durante la noche, cuando la sombra del planeta tapa parte de sus superficies.

Estilizadas, totalmente homogéneas en su exterior, sin entrantes ni salientes, como si se hubieran fabricado con molde, volaban raudas, aunque no mostraban ni parecían tener toberas ni nada parecido capaz de provocar su movimiento.

Nada sabían acerca de aquellas pequeñas naves. No conocían ni siquiera las bases de su funcionamiento. Pero lo que sí podían asegurar era que su poder bélico era increíble.

Iss-Tar no quiso arriesgarse acercándose más, por lo que decidió

poner en marcha los retro-cohetes para detener el avance del caza. Sus hombres, alertados por un mensaje radiado, le imitaron y, poco después, eran cinco las naves detenidas en el espacio.

Observó a través de una de las pantallas la marcha de las naves enemigas.

—Se acercan —masculló entre dientes—. Y cada vez más.

Se preparó para entrar en combate. Su mente estaba centrada en cada uno de los movimientos de aquellas misteriosas naves de color plata.

Conectó todas las frecuencias de emisión que podía lograr su nave, esperando que alguna pudiera ser captada por los Dull-Zacx.

—Atención, naves, identifíquense —dijo, a través de las ondas—. Aquí las Fuerzas de Seguridad de Xolter, cosmonave imperial. Supremo Iss-Tar emitiendo y esperando respuesta. De no recibirla *inmediatamente* serán destruidos sin nuevo aviso.

Nada.

Sólo los molestos y característicos sonidos que surgen en un receptor cuando no encuentra onda. Y eso era lo mismo que decir «nada», a fin de cuentas.

—Bien —Iss-Tar encajó las mandíbulas—, vosotros lo habéis querido.

Hubiera preferido no llegar a aquellos extremos porque odiaba ser él el primero en iniciar un ataque. Pero la amarga experiencia, los muchos amigos muertos en aquella guerra, le demostraron que con los Dull-Zacx no hay que tener remilgos. Si los tenías, seguro que no llegabas demasiado lejos.

«O quizá se llegue más lejos que nunca», pensó con ironía el joven.

Sólo hizo falta un pensamiento. Todo lo demás lo hizo la computadora.

Un haz de roja luz salió del morro de su nave. Era un rayo de muerte, de color escarlata, capaz de convertir en polvo cósmico cualquier material conocido.

Pero ni todo el poder del Universo podría desintegrar una cosa que de pronto desaparece. Y eso sucedió con la nave a la que Iss-Tar apuntaba. Justo en el mismo momento en que el Supremo de Xolter daba la orden de destrucción la nave inició un brusco viraje, desviando su rumbo.

El rayo se perdió en el infinito.

Iss-Tar sonrió. Esperaba aquello y, evidentemente, los Dull-Zacx no le decepcionaron.

También él cambió su posición para evitar sorpresas desagradables.

—Dejad sólo uno intacto, si es posible —comunicó a sus hombres —. Pero, sobre todo, no corráis riesgos. Si fuera imposible, no dudéis en disparar.

Estaba convencido de que lograrían destruirlos. Atrapar uno sería más difícil, no cabía duda. Pero confiaba en que no fuese imposible.

Disparó de nuevo, fallando otra vez.

—Son rápidos —tuvo que admitir—. Pero no tienen ninguna posibilidad.

Por vez primera, Iss-Tar se preguntó qué esperaban conseguir los Dull-Zacx con aquel loco ataque. El desequilibrio de fuerzas era evidente, pese a lo poco que se conocía sobre el potencial bélico de aquellas naves. Aunque lograsen librarse de los «cazas» no tenían ninguna posibilidad frente a Xolter.

Se maldijo por distraído mientras, de forma instintiva, esquivaba el contraataque de las naves plateadas.

Una ráfaga de mortífera luz pasó casi lamiendo el casco de su vehículo espacial.

Aprovechó entonces para atacar. En la pantalla que tenía ante él estaba la imagen de la cosmonave que le disparó antes, suficientemente centrada como para hacer blanco.

Instantes más tarde, la nave Dull-Zacx estallaba, convertida durante unos momentos en una brillante esfera de fuego blanquísimo, para después desaparecer como si jamás hubiese existido.

Durante unas fracciones de segundo no supo qué hacer, si reír a carcajadas o romper a llorar. Otra nave destruida. Eso equivalía a uno o más seres vivos desintegrados… Y era él el que les arrancó la vida.

Volvió a la realidad. La batalla ya estaba declarada y potentes haces desintegradores cruzaban el vacío buscando una superficie en la que impactar y demostrar su espeluznante poder. Las naves evolucionaban en el espacio, esquivando como podían los disparos.

Y, de pronto, sucedió lo inevitable.

Iss-Tar asistió con incrédulo horror a la suerte de uno de sus hombres. Vio como el caza entero estallaba en mil pedazos, quedando convertido en flotantes fragmentos de metal de pequeño tamaño que se iban alejando por la inercia de la explosión.

—Dioses... —gimió el Supremo de Xolter, anonadado—. No...

Hasta él no llegó ningún sonido. En el vacío espacial no existe. Por eso hasta la Muerte es muda.

Una luz tintineó en su tablero de mandos. Alguien pedía comunicación. Iss-Tar conectó el receptor.

—Osfayr emitiendo —llegó hasta él la voz de uno de sus subordinados—. Supremo, tenemos una baja.

—Lo sé —dijo Iss-Tar con voz ronca—. ¿Quién...?

—Boskdo, Supremo —contestó Osfayr—, el piloto kamusita.

Iss-Tar respiró profundamente para alejar sus pensamientos de venganza.

—Las órdenes siguen siendo las mismas —comunicó—. No se han alterado.

Siguió, por tanto, la destrucción. Poco tiempo después, otra cosmonave Dull-Zacx desaparecía, completamente volatilizada. De esa forma, eran tres las navecillas plateadas que continuaban intactas. Las imperiales, en cambio, seguían siendo cuatro.

Iss-Tar no lo comprendía. Cualquiera en su sano juicio, de ser uno de los atacantes Dull-Zacx, hubiera abandonado la lucha. Eso, al menos, era lo que él consideraba lógico.

Jamás vio el joven Supremo luchar a los desconocidos invasores con tanto ahínco. Y eso que eran muchas las batallas que libró contra ellos.

Hasta aquel momento, tos enemigos del Imperio llegados de remotos confínes sólo peleaban cuando estaban seguros de ganar. Si no era así, se retiraban. Pero en aquella ocasión era diferente. Iss-Tar lo supo cuando vio convertida en átomos otra de las naves enemigas.

Los Dull-Zacx, pese a ver menguadas sus fuerzas y saber perdida la batalla... *seguían disparando como enloquecidos, con mayor furia si cabe.*

—Pero... Están locos —Iss-Tar estaba confuso—. Nos van a obligar a destruirlos.

Fue como una profecía porque, al mismo tiempo, otro atacante

Dull-Zacx quedaba envuelto en una luz vivísima, inconfundible, que llevaba la Muerte consigo.

Era ya una sola la astronave Dull-Zacx que atacaba. Porque no se rindió, pese a saberse perdida. Al contrario: logró destruir con sus rayos otra de las naves imperiales.

No le quedó más remedio. Sabía ya que era imposible apresar aquella navecilla en forma de luna menguante. No se dejaría. Por eso fue él mismo el que ordenó la destrucción de los Dull-Zacx, aunque ello significaba que, en cierto modo, había fracasado en su intento de descubrir a los *Desconocidos.*

* * *

—No lo entiendo, Zaia — murmuró, pensativo, Iss-Tar, el joven Supremo de Xolter.

La morena axorita que compartía con él el gobierno de aquella macro-nave de combate le miró con sus ojos rasgados casi obsesivamente, como si pretendiese ahondar en sus pensamientos.

—¿Qué? —preguntó, como si no supiese de qué hablaba.

Estaban solos en el Puente de Mando, una estancia bastante pequeña con las paredes llenas de pantallas e indicadores. Allí era donde Iss-Tar trabajaba normalmente para tomar las decisiones adecuadas, propias de su rango.

Sólo una puerta redonda, que se abría como una guillotina de dos hojas, separaba al Puente del *drax.* Esa puerta estaba ahora cerrada.

Iss-Tar tenía algo en su diestra. A Zaia no le costó mucho averiguar qué era, pues había visto muchos a lo largo de su vida. Se trataba de una pequeña video-cassette grabada por computadora.

El joven la metió en el aparato correspondiente, situado frente a su sillón antigravedad. Pronto aparecieron las imágenes en una pantalla, mientras Iss-Tar se sentaba. Imágenes de la batalla que sostuvieron horas antes contra cinco cosmonaves Dull-Zacx.

—Siéntate —señaló otro sillón antigravedad, cómodo y muy funcional—. A esto me refería.

Zaia se sentó junto a él y miró la pantalla.

—Explícate —dijo, mientras contemplaba las imágenes. Las luces de la estancia se habían apagado.

—Todavía me da vueltas en la cabeza y no encuentro la explicación. ¿Tú no ves nada raro en el proceder de nuestros misteriosos enemigos?

—Si te refieres a que estuvieron más agresivos que en otras ocasiones... Sí, me he dado cuenta.

—No era sólo agresividad —negó el Supremo—. Eran casi suicidas. Jamás se comportaron así hasta ahora. Al menos, que yo recuerde...

—Sí —pareció pensativa la joven axorita—, es verdad. Pero es posible que hayan decidido algunos cambios en sus estrategias... para confundimos, tal vez.

—Es posible -Iss-Tar se pasó la mano por el mentón—. Si, quizá sea eso lo que pretendan. Enviar comandos suicidas, sin posibilidades de éxito, nos obligaría necesariamente a pensar que se han vuelto locos.

—Y ante esa convicción —continuó Zaia, siguiendo el hilo—, bajaríamos la guardia. Ellos entonces tendrían una espléndida oportunidad con nuestras filas confiadas en la victoria, si en ese momento atacasen como vienen haciendo.

—Son sólo conjeturas — apagó el aparato de video, no convencido aún—, pero tienen bastante lógica. Es una posibilidad a tener en cuenta, aunque algo me dice que hay algo más. Algo que quizá nosotros no podemos ni imaginar.

Jamás supo Iss-Tar, el Supremo de aquella poderosa astro nave de combate llamada Xolter, hasta qué punto sus palabras encajaban con la verdad. Mi siquiera cuando estaban en medio del horror. Ni aún entonces, cuando sus vidas peligraban por algo peor que la mismísima Muerte, pudieron imaginar cuál era la naturaleza, el motivo por lo que pasaba todo aquello.

CAPITULO II

Pasaron dos días desde que se encontraron con los Dull-Zacx. Dos días navegando por el espacio, en un sector que pertenecía a los invasores por derecho de conquista.

La nave Xolter recorría lentamente aquella zona, adentrándose cada vez más en territorio enemigo, sin encontrar durante aquellos dos períodos de navegación la menor señal de los Dull-Zacx conquistadores.

Eso escamaba a Iss-Tar. No era natural que los invasores les dejasen entrar en sus dominios sin molestarles siquiera.

—Es posible que aún no hayan advertido nuestra presencia —comentó en cierta ocasión uno de los expertos técnicos que trabajaban en el *drax*. Era un insectoide de Borh-Onx, uno de los pequeños planetas que rodeaban en su vuelo orbital a la gran estrella roja llamada Onx—. O quizá en esta parte del sector no hay ya invasores.

Sí, quizá era esa la respuesta. Pero Iss-Tar no estaba demasiado convencido de ello. Allí los Dull-Zacx debían tener un puesto de observación y vigilancia. De allí habrían salido las cinco navecillas que ellos destruyeron. Pero... ¿dónde estaba?

No había respuesta. Y el Cosmos permanecía silencioso, guardando celosamente sus secretos. Sólo él sabría la verdad. Pero... es tan difícil arrancársela.

Seguían devorando las distancias los motores de Xolter pero, a pesar de eso, las estrellas parecían inmóviles, mirándoles con curiosidad. La velocidad de crucero no era muy alta, pero servía a los propósitos del Supremo Iss-Tar: vigilar, observar...

Vigilar, observar... ¿Qué?

¿Qué era lo que él temía? ¿Acaso un nuevo ataque de los Dull-Zacx? ¿O algo indefinible, que no podía precisar con exactitud?

¿Un presentimiento? Sí, quizá era eso lo que le ocurría. Se sentía intranquilo, inquieto, y no sabía la razón. Ni siquiera podía imaginarla.

Pero no era él solo. Zaia parecía contagiada por la misma causa que perturbaba la paz espiritual de Iss-Tar. En muchas ocasiones, el Supremo le sorprendió distraída, con la mente el algún lugar muy remoto.

También los demás tripulantes sabían que pasaba algo raro, pues los Dull-Zacx seguían sin aparecer. Corría de boca en boca el rumor de un posible ataque por sorpresa.

Pero nada de eso alteró la buena marcha de Xolter. La gigantesca pantalla mural del *drax* seguía permitiendo ver el camino que recorría la nave.

* * *

Negrura. Eso era lo único que se veía a través de las cámaras exteriores de Xolter.

Sólo la oscuridad del espacio. Y, a lo lejos, una brillante nebulosa llena de gases cósmicos. En su interior, según la computadora, estaba naciendo una estrella.

—¿Preocupado?

Iss-Tar se volvió. Zaia era la que había hablado. Estaba junto a él, sonriente, con los rasgados ojos posados en el joven.

Vestía el obligatorio uniforme dorado que garantizaba la supervivencia en caso de peligro, que cubría todo su poderoso cuerpo de hembra axorita, salvo la morena cabeza. Las botas y los guantes formaban parte del uniforme, lo mismo que los brazaletes. El casco era lo único que no tenía, igual que el propio Iss-Tar.

—Sólo pensaba —respondió Iss-Tar—. Nada más.

—¿En los Dull-Zacx?

—¿En quién sino? -Iss-Tar siguió contemplando la gran pantalla mural. El *drax* estaba lleno de técnicos de todas las razas imperiales que efectuaban sus trabajos de rigor—. Estamos en guerra. Una guerra estúpida, lo sé, pero a pesar de todo sigue siendo una guerra.

Y no provocada por nosotros, precisamente. No podemos pensar en otras cosas, si queremos conservar la vida.

—Es extraño, ¿no te parece? —observó de pronto la joven exorita.

—¿El qué?

—Todo esto. Llevamos casi medio ciclo estelar luchando contra enemigos de los que no sabemos absolutamente nada. Luchamos y morimos por defender el Imperio de unos seres a tos que no hicimos nada. Y ahora, para postre, el enemigo empieza a actuar como si no tuviera ni idea de lo que es una guerra, cuando nos han demostrado

incontables veces que dominan el arte de la matanza como si ellos mismos fuesen descendientes del dios Xolter.

—Sí, todo es muy raro —corroboró el Supremo, asintiendo con la cabeza—. Desde el principio, todo parece carecer de sentido. Pero debe tener su lógica.

—Los Dull-Zacx no tienen lógica —comenzó a hablar Zaia, con evidente xenofobia en sus palabras—. Quizá ni siquiera sepan lo que es eso. Lo único que saben es matar, quedar ahítos de sangre y muerte.

Iss-Tar negó con el gesto.

—Las cosas no pueden ser tan sencillas, Zaia. Debe haber un motivo, una razón, por inaccesible que nos parezca.

Fue entonces, después de haber pronunciado aquellas palabras el Supremo de Xolter, cuando empezó todo. Pero, naturalmente, ninguno de tos personajes de esta historia lo sabía.

—Supremo…

Iss-Tar miró al que le llamó. Se trataba de un hombre-saurio de Kooran, que permanecía sentado ante un tablero lleno de pantallas y luces chisporroteantes, con la cabeza vuelta hacia él.

—¿Qué sucede? —preguntó, mientras se acercaba. Zaia le siguió.

—*Xark* ha detectado algo —respondió el saurio con cuerpo humanoide, lleno de escamas verdosas bajo sus ropajes dorados, aclimatados para permitir su vida, pues aquella raza vivía en ambientes muy húmedos—, Supremo. El primer examen demuestra que es metálico en gran parte y su forma descarta la posibilidad de que se trate de un asteroide errante.

—Colócalo en la pantalla mural —ordenó.

—Lo lamento, pero es imposible —se disculpó el kooranita—. Se halla demasiado lejos para que su visión sea lo suficientemente buena.

—¿Cuánto?

—Veinticinco *yongs* —respondió el saurio—. Demasiada distancia para las cámaras. Hasta que no salvemos a un par de *yongs* no será visible.

—Zaia —se volvió hacia la joven—, ordena que aumenten la velocidad.

La axorita obedeció de inmediato, sin preguntar nada. Sabía lo que tenía que hacer.

—¿Cómo es? —preguntó Iss-Tar al kooranita.

—Bueno, según la *xark,* no es maciza —volvió a mirar los datos —. Ni su forma es normal, pues la mayor parte de su masa se encuentra en la parte central. Su tamaño, así, a *grosso modo,* sería bastante menor a Xolter. Como una cuarta parte.

—¿Qué puede ser?

—No lo sé con exactitud, Supremo, pero todo hace suponer que se trata de una nave.

* * *

Por fin, estaba en pantalla.

En efecto, era una nave. Todos los datos facilitados por la *xark* eran ciertos. Se podían advertir a simple vista, aunque aumentados considerablemente a causa de las cámaras.

Su forma era lenticular. Su color, plateado, como las navecillas Dull-Zacx que destruyeron hacía ya casi tres días antes.

No cabía duda de que aquella también era Dull-Zacx, aunque jamás vieron una nave como aquella en ninguna otra ocasión. Quizá era un nuevo modelo...

—¿Qué puede ser? —le preguntó Zais, que, junto a él, estaba en el Puente de Mando. La imagen aparecía en uno de sus monitores.

—Una nave —respondió el joven.

—Eso ya lo sé —hizo un mohín de enfado la axorita—. Me refiero a cuál puede ser su función.

—Ni idea —se encogió de hombros el Supremo—, aunque imagino que quizá se trate de una cosmonave de vigilancia y defensa. Es posible que de allí salieran las naves que nos atacaron.

—Sí, es posible —admitió Zaia—. La tecnología Dull-Zacx es muy avanzada, ¿verdad?

Iss-Tar contempló atentamente la imagen del monitor. La superficie de la nave era pulida, brillante y homogénea, como si fuera de una sola pieza.

—Sí, no cabe duda —respondió—. Aquí tampoco se advierten toberas ni nada parecido.

—¿Está parada en el espacio?

—Así es, y eso me preocupa. Sus ocupantes ya deberían habernos detectado y, sin embargo, no parecen haberse inmutado siquiera.

—Tal vez sus detectores y cámaras no son tan potentes como las nuestras —opinó la axorita, haciendo uso de la lógica.

—Es posible —afirmó el Supremo—. En todo caso, la *xark* no tardará en damos una respuesta. Mientras tanto, la nave sigue en Alerta Roja, preparada en todo momento para entrar en combate.

* * *

Tenía ante él el informe de la *xark,* en forma de brillantes signos en una pequeña pantalla.

Leyó:

INFORME NAVE NO IDENTIFICADA. PRIMEROS INFORMES CORRECTOS: NAVE PARADA EN EL ESPACIO. MASA: TRES MIL. FORMA LENTICULAR. METAL DESCONOCIDO, DEL TIPO USADO POR DULL-ZACX. DENSIDAD NO ACORDE CON VOLUMEN.

NO EXISTE ACTIVIDAD EN SU INTERIOR: NO HAY VIDA EN ELLA, NI SE DETECTA FUNCIONAMIENTO DE MAQUINAS.

—Curioso —opinó para sí Iss-Tar, el Supremo de Xolter.

No existe actividad en su interior...

No hay vida...

Cada vez estaba más confundido. *Xark,* la gigantesca computadora que gobernaba completamente la cosmonave llamada Xolter, no podía estar equivocada. De ser así, el error sería rápidamente señalado por la propia máquina.

No era ése el caso. La computadora, sobre la que él, como Supremo que era de aquella nave, poseía completo control telepático —sólo él—, y, por tanto, era dueño y señor absoluto de la nave, había dado un informe frío y seguro. No podía haber error.

Y, sin embargo, aún era más sorprendente todo lo que daba a entender la majestuosa computadora.

Una astronave Dull-Zacx... *vacía.*

Por un lado, eso podía ser bueno, ya que daría muchas posibilidades al Imperio de conocer algo sobre sus desconocidos atacantes. Pero, por otro, sin embargo, todavía quedaba el misterio que rodeaba a aquella nave abandonada.

¿Por qué no había nadie en su interior?

* * *

Aparecieron en la nave.

Primero fue un destello súbito, que surgió de repente, como salido de la nada, en el interior de la misteriosa nave plateada de los Dull-Zacx. Después, empezaron a siluetearse las figuras, que, más tarde, ya eran totalmente sólidas.

Eran seis seres, vestidos con los obligatorios trajes de vacío color oro y los cascos calados. En sus manos, brillaban las armas, unas desintegradoras de gran poder, con dos niveles de disparo.

Los seis milicianos imperiales, venidos de Xolter mediante teletransporte, formaban el servicio expedicionario que debía examinar el cosmonavío Dull-Zacx y eran un grupo seleccionado entre las Fuerzas de Seguridad Interior. Dirigía el grupo el *Kommander* Corvaan, jefe de Seguridad Interior y amigo íntimo del propio Supremo de Xolter, un nativo del planeta *Asser,* de poderosa musculatura, piel rojiza y desprovisto de vello.

Miraron en derredor. Habían sido reintegrados en un pasillo sumido totalmente en la oscuridad. Pero no había problema, pues sus trajes emitían luz y brillaban, rompiendo las tinieblas y permitiéndoles la visión.

Corvaan conectó con Xolter.

—Atención —comenzó a hablar—, Corvaan emitiendo. Estamos dentro de la nave.

—Aquí Xolter —oyó—. Soy Iss-Tar, Corvaan. ¿Qué tal está eso?

—Muy oscuro —resopló el asser, como se llamaban los del planeta homónimo—. No hay luz.

—¿Y oxígeno?

El *Kommander* miró a uno de los milicianos que componían la expedición. Llevaba éste varios aparatos de detección y análisis en una pequeña mochila. No hizo falta ninguna orden. El militar, perteneciente a una raza de antropoides felinos de Vanan III, comenzó a trabajar con rapidez y eficacia, dando la respuesta pocos segundos después con un leve asentimiento de su felina cabeza.

—Afirmativo, Supremo —respondió Corvaan—. Hay oxígeno, pero prefiero la seguridad de tos cascos a una posible y desagradable sorpresa.

—Opino lo mismo, amigo —se mostró de acuerdo Iss-Tar, desde Xolter—. No os arriesguéis y continuad con los cascos.

—Volveremos a comunicar.

Cortó el contacto y comenzaron a andar, prestas las armas para disparar entre tos enguantados dedos. El nivel de disparo era el mínimo, es decir, que si era utilizada, la descarga de poder sólo atontaría. Pero podía cambiarse ese nivel en décimas de segundo por el mortal, el que desintegraría completamente al alcanzado.

Las doradas botas no hacían el menor ruido en el suelo metálico. El silencio era absoluto, casi obsesivo, sólo roto por las respiraciones acompasadas, profundas, de los expedicionarios y tos crujidos de sus ropas metalizadas, que captaban mediante los sistemas de audición externa.

No notaban el frío reinante, pero sí sabían que existía. Una pequeña pantalla que formaba parte del equipo señalaba la temperatura ambiente, demasiado baja.

—Seguramente no funcionan los sistemas de soporte vital —adivinó Corvaan mientras seguía avanzando al frente de sus hombres, arma en mano.

Entonces se percató de un detalle. Miró la altura a que estaba situado el techo.

—Por la Ciudad de Cristal —se sorprendió—, tos

Dull-Zacx tienen un tamaño muy parecido al nuestro. Esto puede ser interesante.

De pronto, vieron el final del pasillo, en forma de una puerta metálica de una sola hoja que les cerraba el paso. Corvaan miró a sus subordinados.

—Desintégrala —ordenó a uno, el único humano del grupo.

El humano obedeció, apuntando con su arma al obstáculo. Pulsó el botón de disparo, situado en su parte superior. Un dardo de luz brotó del cañón, alcanzando la puerta, desintegrándola en cuestión de fracciones de segundo.

Ante ellos apareció una sala. Pero una sala muy diferente a lo que ellos jamás vieron.

* * *

No cabía la menor duda de que la tecnología Dull-Zacx era

superior a la del Imperio. O quizá sería mejor decir «diferente».

Sí, esa era la palabra adecuada: diferente. Aquella nave, y sobre todo sus mandos, eran muy diferentes a los de Xoltar. Tanto que no podían reconocer ni uno solo de ellos.

El lugar no era tan amplio como el *drax* de Xolter pero no cabía duda de que debía servir para lo mismo o para algo muy similar. No había pantallas, ni botones… Ni nada parecido. Sólo una enorme semiesfera de negro cristal en el centro de la sala.

Nada más.

Se quedaron contemplando, absortos, la negra semiesfera. Debía tener una importancia capital en la nave. Eso, al menos, pensaron todos los expedicionarios.

—¿Qué puede ser, *Kommander?* —Oyó a través de sus sistemas de audición el asser. Era uno de los milicianos bajo su mando el que preguntaba.

—Ni idea —encogió los hombros el aludido—, pero estoy convencido de que debe ser algo importante. Quizá un tipo de pantalla o algo parecido… No sé. Los muchachos de Xolter, los expertos que tenemos, lo descubrirán. Mientras, debemos seguir con lo nuestro. Pero antes…

Conectó de nuevo su transmisor, iniciando la comunicación con la poderosa supernave llamada Xolter y, por tanto, con su Supremo, el joven Iss-Tar.

—Corvaan al habla —comenzó—. ¿Me escucháis?

—Sí, Corvaan —oyó una voz de mujer—. Soy Zaia. Iss-Tar no está aquí, pero le llaman en estos momentos. ¿Sucede algo?

El *Kommander* cogió una diminuta cámara que formaba parte de su equipo, la conectó y enfocó con ella a la semiesfera. Sabía que las imágenes llegarían nítidas y claras a las pantallas de la cosmonave imperial de combate.

—Vedlo vosotros mismos —fue lo único que dijo.

Hubo un prolongado silencio, durante el cual sus hombres inspeccionaban la sala. Una nueva voz llegó hasta su receptor. Una voz que él conocía muy bien.

—¿Qué es eso, Corvaan? —preguntó Iss-Tar, que se había incorporado ya a la comunicación—. ¿Alguna pista?

—Negativo, Supremo —respondió el asser—. No tenemos ni la más mínima idea de lo que puede ser.

—Bien, no importa... por ahora.

De pronto, una interrupción. Uno de sus hombres se acercaba corriendo hacia él. Intentaba una comunicación. Estaba provocando interferencias en el diálogo con su Supremo.

Cortó con Xolter, para ver qué le decía el miliciano, un humanoide de *Kofost,* de un único ojo muy sensitivo y cuerpo delgadísimo, con la piel amarillenta. Estaba seguro de que se trataría de una razón poderosa la que tendría para osar interrumpir una conversación con Iss-Tar.

—Señor... —se oyó la voz agitada del militar de Kofost, que se había parado ante él.

—¿Qué sucede? —gruñó el *Kommander.*

—Señor, hemos... —cogió aire—. Hemos encontrado, *un cadáver.*

* * *

Se acercaron, presurosos, al lugar desde donde vino el nativo de Kofost, uno de tos mundos del Sistema Orssen. Estaba al otro lado de aquella especie de cúpula negra.

—¿Cómo es? —preguntó el *Kommander,* excitado ante la posibilidad de ver por primera vez la verdadera forma de un Dull-Zacx muerto—. ¿Cómo?

—Será mejor que lo vea con sus propios ojos, señor —se evadió su subordinado.

Sí, sería lo mejor, se dijo el asser, mientras seguía caminando.

Un Dull-Zacx muerto... La oportunidad para el Imperio de conocer la verdad sobre sus enemigos, estaba ante él, tras la semiesfera.

Y lo vio.

Cuando lo hizo, hubiera deseado no tener ojos para ver aquello. Pero la verdad, la cruda realidad, se abrió ante él como un libro maldito, cargado de negros augurios, de realidades que es mejor no conocer, por lo que llevan consigo.

Vio el cadáver, ante él, tendido, rígido, en el suelo. El horror le obligó a lanzar un gemido angustioso.

—Dioses... No... No puede ser.

Y lo mismo sucedía a los demás seres que le acompañaban. Incluso al que ya viera antes el cadáver. Todos mostraban en sus

rostros —muy diferentes todos ellos— el horror que sentían en aquellos momentos.

—Corvaan... ¿Por qué has cortado? ¡Corvaan!

Era Iss-Tar, exigiendo comunicación.

—Corvaan al habla —hizo un esfuerzo para sobreponerse—. Pido perdón por mi proceder, Supremo.

—Supongo que existirá una razón —gruñó Iss-Tar.

—... Y poderosa, Supremo —afirmó el *Kommander*—. Hemos hallado algo muy importante.

—¿Qué?

—Un cadáver, Supremo —respondió Corvaan, suspirando—. El cuerpo sin vida de un Dull-Zacx.

La reacción tardó unos segundos en llegar, debido a la sorpresa.

—Pero... ¡Eso es magnífico! —se alegró el joven Supremo de Xolter.

—Yo no lo creo así, señor —opinó el asser, con voz ronca—. Y supongo que los que me acompañan opinan lo mismo. La razón... es ésta.

De nuevo volvió a utilizar su pequeña cámara, apuntando al ser muerto que seguía ante ellos. Estaba seguro de conocer las sensaciones que en aquellos momentos pasarían por todos y cada uno de los tripulantes que se hallasen en el *drax*. El mismo las vivió pocos segundos antes: primero, sorpresa, incredulidad, escepticismo casi; después, horror.

Y allí estaba la razón. En aquel cuerpo que permanecía sin vida delante de aquellos seis milicianos imperiales.

Un cuerpo como los que ellos vieron muchas veces dentro del propio Imperio, con características anatómicas no desconocidas por todos los presentes.

Un cuerpo... HUMANO.

* * *

Todas las miradas se posaron en Iss-Tar, interrogantes. El seguía mirando horrorizado lo que mostraban las pantallas.

Sudaba, pese a que la temperatura dentro de la nave era agradable.

—¿Cómo es posible? —apenas pudo balbucir.

Zaia puso una mano en su hombro. También contemplaba, como hipnotizada, las imágenes.

La mente de Iss-Tar trabajó de prisa, haciendo una pregunta a la computadora por medios telepáticos. Aparecieron al instante signos luminosos sobre la imagen.

IDENTIFICACION POSIBLE: EL MUERTO FUE OSBERY, ANTIGUO OFICIAL DE LA ARMADA IMPERIAL, QUE DIO SUS SERVI CIOS AL EMPERADOR COMO PILOTO DE COSMOCAZAS, DURANTE CASI DIEZ CICLOS ESTELARES. DESPUES, DESERTO, ASESINANDO A TERES DE SUS COMPAÑE

ROS QUE INTENTARON DETENERLE. SE DESCONOCIA SU PARADERO. PLANETA DE ORIGEN: ORLOX II.

—Un desertor... —se limpió el sudor que cubría su frente—. ¿Qué podía hacer semejante personaje en una nave Dull-Zacx?

No hubo respuesta. Tampoco la esperaba.

Contempló de nuevo la figura tendida en el metálico suelo que aparecía en la gigantesca pantalla mural. Volvió a examinar con la mirada el cadáver. Era difícil encontrar algo con aquel enfoque tan deficiente, pero no imposible.

—Corvaan —reanudó la comunicación con la patrulla que seguía en la nave plateada—, ese hombre tiene algo en la frente... ¿Qué es?

La imagen se agrandó en seguida, poniendo en primer plano lo que aquel humano sin vida tenía en su frente. Iss-Tar pudo verlo mejor. Era una especie de placa metálica adherida a su piel, con una gema roja en su centro.

—No lo sé, Supremo —respondió el asser—. Jamás vi nada parecido. Al menos, no recuerdo haberlo visto.

De nuevo aparecieron signos en la pantalla. Iss-Tar había hecho otra pregunta.

NEGATIVO. NINGUNA CIVILIZACION ADHERIDA AL IMPERIO POSEE ADORNOS SEMEJANTES.

—Entonces, debe tener otro significado —meditó durante unos segundos el joven Supremo de Xolter—. Pero... ¿cuál?

—No te preocupes —intentó tranquilizarle Zaia—.

Lo descubriremos tarde o temprano. Todo es cuestión de paciencia.

—Sí, supongo que tienes razón —suspiró—. Pero… es todo tan extraño.

Sin embargo, los misterios no acababan allí. Pronto lo supieron. Muy pronto. Cuando se produjo una nueva conexión con la patrulla al mando del *Kommander* Corvaan.

—Señor… —su voz reflejaba lo que sentía—. Es horrible… Todo… Todo *está lleno de cadáveres.* TODO.

CAPITULO III

Si Corvaan hubiera tenido vello, lo más seguro es que se le habría puesto de punta ante aquel espectáculo de muerte. Fría y desapasionada, la torva diosa del Silencio Eterno segó las vidas de todos los tripulantes, sin respetar a ninguno.

Machos y hembras de multitud de razas imperiales llenaban toda la astronave como un horrendo cementerio donde fuera imposible la putrefacción.

—Por los dioses —se amedrentó el felino de Varían III, cuya raza era muy supersticiosa—, aquí se esconde la Muerte.

Corvaan no replicó. Empezaba a pensar lo mismo. Por eso era lógico que sintiera la helada zarpa del miedo en su corazón.

—¿Qué pudo causar la muerte de toda esta gente? —se preguntaba.

En apariencia, el oxígeno que continuaba en el interior era respirable. El frío podía soportarse con ayuda de tos trajes que todos llevaban puestos. ¿Entonces...?

No presentaban huellas de violencia. Ni golpe, ni heridas...

Inexplicable. Al menos, eso parecía. Aunque quizá todo tuviera solución: un virus, una enfermedad desconocida, tal vez...

Se agachó, dominando su horror, sobre un insectoide muerto. No lo tocó, sólo lo examinó superficialmente.

Se estremeció. ¿Qué clase de virus podía provocar tal muerte? Una delgada capa de hielo cubría los cadáveres, aumentando todavía más el misterio.

—¿Estos... son los Dull-Zacx? —preguntó uno de sus hombres, mirándole.

—Me temo —suspiró él— que así es. Desearía equivocarme, pero esa parece ser la espantosa verdad. Ellos son los enemigos contra los que hemos luchado todo este tiempo.

—Pero... pertenecen al Imperio.

Corvaan asintió.

—Así es. Todos son de mundos afiliados al Imperio. No puedo decirte con exactitud cuántas son las razas que aquí están unidas, pero por lo que llevo visto juraría que todas pertenecen al Sector Trece. No estoy seguro, pero apostaría mi brazo derecho.

—Eso quiere decir —intervino el único humano de la patrulla—

que hay traidores al emperador.

—Sí, mucho me temo que esa sea la verdad.

—¿Y de dónde han sacado estas armas? —preguntó el humano—. Todos los mundos del Imperio tienen tecnologías similares debido al comercio, al intercambio científico y cultural...

—No tengo ni idea —se encogió de hombros el *Kommander,* mirando algunos de los cadáveres. Todos presentaban las mismas características. No era un hecho aislado el hielo recubriendo los cuerpos sin vida—. Es posible que hayan investigado en secreto, inventando nuevas armas. O quizá sea otra la razón. Supongo que eso será más fácil de descubrir, después de todo lo que hemos pasado para conocer la verdad sobre los Dull-Zacx.

Un leve *bip-bip* llegó hasta él, por lo que conectó el receptor de su casco.

—Soy Iss-Tar, Corvaan —habló el Supremo a través de las ondas —. Quiero informarte de que una patrulla irá a ayudaros dentro de poco. Ahora se están preparando. Mientras tanto, no os extrañe que se produzcan sacudidas en la nave. Nos estamos acercando y Xolter atraerá con su masa a la nave Dull-Zacx. ¿Entendido?

—Sí, Supremo —respondió Corvaan, mientras se cortaba la comunicación—. Ya oísteis, muchachos. Van a acercarse. Estad preparados para «bailan).

—No creo que este sea momento para bromas, *Kommander* —gruñó el kofostiano.

—Sí, es verdad —el sarcasmo se hizo patente en su sonrisa—. Debemos respetar la paz de tos difuntos... Incluso cuando en vida fueron traidores.

Ninguno replicó, pues sentían lo mismo.

—A propósito... ¿Cuántos serán?

—Llevamos contados treinta y dos, *Kommander* —respondió el kofostiano—, pero aún no hemos recorrido toda la nave. Nos falta más de la mitad.

—Eso quiere decir que son, más o menos, medio centenar —aventuró el jefe de la patrulla—. Una cincuentena de traidores convertidos en carne congelada. No está mal.

—Se equivoca —dijo para su sorpresa el humano—. No todos están congelados. Hay por lo menos uno que no se halla en ese estado.

—¿Cuál?

—Lo vimos hace poco rato, muy cerca de aquí. No estaba cubierto por esa capa de hielo, como los demás, sino... *quemado,* totalmente abrasado. Como si lo hubieran metido en un homo.

—Vaya —se rascó el mentón el asser—, eso puede

resultar muy interesante. Toda una nave llena de cuerpos congelados y uno, por contra, carbonizado.

—No llega a tanto, señor.

—Bueno, pues tostadito. Lo mismo da. ¿Dónde está ese cadáver'?

—Sígame.

Comenzaron a andar.

—Está cerca —repitió el humano, un joven de cabellos negros, como el propio Iss-Tar, el Supremo.

—¿De qué raza es?

—Humano, aunque no sabría precisar de qué planeta. Está irreconocible. No creo que ni la *xark* pueda identificarle.

—Veámosle.

Poco después, le vieron. Corvaan satisfizo sus deseos.

Un ramalazo de terror heló la sangre en sus venas. Espantados, sólo pudieron contemplar aquel horror que estaba frente a ellos.

Su carne estaba abrasada por completo, ennegrecida por sólo los dioses sabían qué causa. Las ropas metalizadas caían de su cuerpo, convertidas en jirones medio derretidos. Su rostro era una carátula de muerte donde los ojos brillaban como ascuas, por alguna oculta razón que ellos no alcanzaban a imaginar.

Pero, a pesar de todo ello... *caminaba.* Torpemente, casi a punto de rodar de nuevo por el metálico suelo, pero seguía en pie. VIVIA, pese a ser su cuerpo una piltrafa irreconocible.

Y caminaba... ¡hacia ellos! Como un autómata, con los brazos extendidos y las manos engarfiadas.

—¡Quieto! —avisó Corvaan, llevando la diestra hasta su arma—. ¡No siga avanzando!

El «humano» no hizo caso. No pareció oírle, pues siguió caminando hacia los seis patrulleros. Apenas les separaba unos metros.

Sacaron las armas, dispuestos a frenarle con ellas.

—¡No disparéis! —ordenó el *Kommander*—. ¡Le quiero vivo!

Obedecieron, bajando los desintegradores. Sólo Corvaan

continuó con el arma alzada, en su nivel de poder más bajo. Su dedo pulgar acariciaba el botón que la ponía en funcionamiento.

—¡Esta es la segunda advertencia! —gritó—. ¡Párese!

Ni se inmutó aquel horrible montón de carne quemada. Siguió avanzando, con los ojos cada vez más brillantes.

—Bien, si no queda otro remedio… —se resignó el fornido nativo de Asser.

Disparó, presionando con fuerza el botón del arma. Un fino rayo escarlata alcanzó a aquel ser en el quemado pecho. Quedó inmóvil.

Corvaan esperó que se produjera el efecto normal en aquel nivel de poder, capaz de tumbar a cualquier ser de aquel tamaño, por resistente que fuera. Pero eso no sucedió.

La inmovilidad del Dull-Zacx dudó escasos segundos, transcurridos los cuales siguió su camino como si no hubiera pasado nada, caminando más aprisa aún.

El *Kommander* cambió el nivel de disparo con rapidez y disparó de nuevo, esta vez sin contemplaciones. Un destello cegador envolvió al Dull-Zacx por completo durante unos instantes.

Se desorbitaron los ojos del asser. Un escalofrío recorrió su columna vertebral.

¡No se había desintegrado! Continuaba intacto, aunque la carne ya ennegrecida parecía hervir y desprender humo.

Pero eso era imposible. Ningún ser vivo podía resistir la espantosa energía de aquel arma sin desintegrarse.

Pero, por fortuna, pese a haber aguantado el terrible poder del desintegrador, el Dull-Zacx cayó como un fardo, aparentemente sin vida.

* * *

—¿Estás seguro de que el nivel era el de desintegración? —preguntó Iss-Tar—. Quiero decir que pudiste equivocarte, con los nervios, al manipular el control.

—No —negó Corvaan—, llevo muchos ciclos manejando esas armas. E incluso otras más complejas. Podría utilizarlas hasta con los ojos cerrados.

—Te creo —admitió el Supremo, mientras cogía el desintegrador de Corvaan, que hasta aquel momento estuvo sobre el tablero

salpicado de luces y pantallas que tenía ante él, en el Puente de Mando—. Además el arma está en ese nivel.

—Un asunto extraño —comenzó Zaia, que también estaba allí, sentada en un sillón antigravedad—. Hemos aclarado un misterio y nos encontramos con otro, no tan grande pero igual de inquietante.

—A propósito, Zaia... ¿Has enviado el mensaje a la Sede Imperial?

—Sí, Iss-Tar —respondió, moviendo su morena cabeza—. Todo lo que hemos descubierto sobre los Dull-Zacx ya ha sido radiado para que lo sepa la Sede.

—Muy bien, Zaia.

Se volvió hacia el *Kommander*.

—Lo que sospechabas era cierto, Corvaan —dijo—. Los Dull-Zacx, los enemigos que durante tanto tiempo creíamos llegados de más allá de las estrellas, pertenecen a planetas del Imperio. Exactamente, la mayoría de las razas que se han encontrado en esa nave son del Sector Trece, de planetas como Borisho, Zerb, Orlox II, Thor, etc... Planetas donde reinan los embajadores enviados por el emperador, hombres que una vez estuvieron en la Sede y que, por razones muy largas de explicar, terminaron allí. Supongo que lo que desean es acabar con el Imperio para verse libres de ataduras.

—Esto se veía venir —suspiró con desaliento la joven axorita.

—Sí, Zaia, todas las cosas nacen y mueren. Incluso los grandes imperios. La crisis, la decadencia, están comenzando a minar las bases del Imperio. Y, naturalmente, esto crea inseguridad, reacciones como éstas que ahora se están produciendo. Creo que nuestro gran Imperio terminará desmoronándose. Pero, en todo caso, eso es cosa del Destino. Nosotros, los hombres, debemos seguir luchando por lo nuestro. Y eso haremos, ahora que los Dull-Zacx han sido desenmascarados.

—Se tomarán represalias, ¿verdad? —preguntó Zaia.

—Naturalmente, aunque no creo que la sangre manche los mundos. Sufrirán el castigo los culpables.

—Pero... ¿Y las armas? ¿De dónde las han sacado?

Iss-Tar no respondió. También él se hacía esas preguntas. Eran misterios que permanecían sin resolver.

—¿Qué haremos con los cadáveres? —preguntó Corvaan.

—Por ahora, nada —respondió el Supremo—. Seguirán donde

están. No quiero que pase en Xolter lo mismo que en esa nave. Sólo entrarán en ella personas autorizadas por mí. Nadie más. Y, naturalmente, los cadáveres serán examinados, pero por profesionales dotados convenientemente.

—¿No se sabe nada aún?

—No, la *xark* ha efectuado un examen superficial en toda la nave. La respuesta es negativa. No encuentra nada.

* * *

Fueron tres los científicos enviados a la nave Dull-Zacx para investigar los misterios que en ella se encerraban. El material que llevaban era amplio y capaz de satisfacer todas las necesidades científicas del trío. Sus trajes eran especiales, totalmente aislados del exterior y a prueba de radiaciones.

Dos eran axoritas, de ojos rasgados y negros cabellos. El otro era uno de los insectos inteligentes de Tseromia, llamado Tsoer.

Fueron trasladados por el sistema usual: el teletransporte. El equipo lo llevaban en unas mochilas especiales.

La nave seguía a oscuras, pero sus trajes emitían la suficiente luz como para poder ver con claridad, pues se había previsto el problema y subsanado de la mejor manera posible: aumentando la fosforescencia natural de sus ropajes por procedimientos químicos.

Uno de los axoritas era técnico en computadoras y maquinaria electrónica y se encargaría de descubrir el funcionamiento de la nave, así como, al mismo tiempo, comprobar su estado. El otro nativo de Axor y el tseromiano eran cosmobiólogos. Su misión allí dentro era, pues, averiguar las causas de aquellas muertes tan misteriosas.

El lugar donde fueron reintegrados era, justamente, el que se presumía fuera algo parecido al centro de controles. Allí estaba la oscura semiesfera, enigmática.

Se separaron, quedándose el técnico de computadoras en aquel lugar. Los otros dos se internaron en otras dependencias, tomando después caminos distintos.

Un error. Pero estaban tan absortos que ni siquiera pensaron en los peligros que pudieran ocultarse en las tinieblas de aquel silencioso laberinto.

* * *

Nada.

Oren, el cosmobiólogo axorita, dejó escapar un gruñido de desaliento.

Ninguno de sus aparatos detectaba nada. El aire no tenía ningún elemento nocivo. No existían radiaciones. Sus aparatos, al menos, no señalaban nada.

Sin embargo, el suelo estaba lleno de cuerpos sin vida. Debía existir una razón.

¿Congelación, tal vez? Sí, era posible. Si existía en aquella nave algún mecanismo capaz de regular la temperatura ambiente, y estuviese estropeado... Tal vez eso explicase todas aquellas muertes tan extrañas.

Caminó entre los cadáveres, buscando algo que k) aclarase todo. Miró la piel cubierta por aquella fina capa de blanca escarcha.

La congelación debió ser muy rápida, se dijo. Ninguno presentaba los síntomas característicos en tal forma de muerte.

Se fijó entonces en los rostros de aquellos desdichados. Se estremeció el joven cosmobiólogo. Conocía muy bien los rasgos faciales de casi todas las razas del Imperio y podía adivinar qué sentimientos reflejaban. Allí sólo vio TERROR en los rostros de docenas de seres. Un terror más allá de lo imaginable. Quizá el provocado por la cercana presencia del descamado y ceñudo rostro de la Muerte. O —¿quién sabe?— por algo peor todavía. Aunque, se dijo el joven axorita, filosofando.., ¿Qué puede haber peor que la Muerte?

Oren siguió caminando, contemplando las grotescas posturas en que se encontraban aquellos seres, como si la Muerte hubiese sido instantánea, haciéndoles caer de inmediato después de pillarlos desprevenidos. Suponía que así fue.

Apuntó todo aquello, incluso las suposiciones, en su pequeño diario electrónico. Era una costumbre suya hacer tal cosa, que le permitía acordarse hasta de los más nimios detalles. Le era muy útil en su trabajo.

Entonces, lo vio. Era el cadáver más interesante de todos, sin duda alguna. Ya cuando lo vio mediante las cintas por primera vez

supo que allí, en aquel cadáver semicarbonizado, se hallaba un misterio aún mayor que el de las otras muertes.

Ahora, viéndolo con sus propios ojos, teniéndole a su alcance, podía casi asegurarlo.

—Es... horrible —se sintió invadido por una súbita repugnancia.

La energía del desintegrador, que tan increíblemente aguantó, había causado sus efectos, a pesar de todo, contribuyendo a hacer aún más pavoroso su aspecto. Debido sin duda a esa energía se produjeron boquetes espeluznantes en el cadáver, de los que brotaba un líquido pastoso de color amarillento.

Oren aguantó sus deseos de vomitar y comenzó su labor extrayendo algunos ingenios electrónicos de su mochila. Procedió segundos después a la investigación.

Minutos más tarde, suspiraba, decepcionado.

Tampoco allí se aclaraba nada. Todo seguía confuso.

Ni siquiera se detectaba radiación, cosa que carecía de lógica puesto que todavía debían quedar residuos de la energía desintegradora allí liberada.

—Qué raro —musitó para sí, anotándolo por telepatía en su diario.

Pero no había peligro. Eso le animó a hacer algo de lo que se arrepintió más tarde.

Se agachó y tocó el cadáver. Deseaba tomar unas muestras del tejido para analizarlas.

Se sorprendió al notar aquel tremendo calor en el brazo derecho del muerto, en el que apenas había puesto la palma. Por instinto, intentó retirarla.

No lo logró, por muchos esfuerzos que hizo. Le era imposible. Su mano no obedecía. Continuaba posada en la piel abrasada del Dull-Zacx.

El calor cada vez era más intenso. La sensación se convirtió en dolor.

Luchó con todas sus fuerzas, dejando caer el aparato que tenía en la otra mano, que rebotó en el suelo con sonido metálico. Intentó separar su mano de aquel espantoso cadáver, sin conseguirlo.

Aguijones de dolor traspasaban su mente como lanzas. Vio su mano ennegrecida, retorcida, engarfiada casi al brazo sin vida.

Un gemido de angustia escapó de sus trémulos labios mientras,

con un esfuerzo sobrehumano, saltaba hacia atrás, logrando su propósito. Su espalda, protegida por la mochila y su equipo, golpeó en el duro suelo.

Se levantó con rapidez. Su rostro estaba contraído por el dolor.

Miró su mano. El guante que lo cubría se había fundido casi, quedando pegado a la piel. Contuvo un grito de horror.

Lívido, vio que su traje había perdido la fosforescencia por alguno que no acertaba a comprender. Sin embargo, veía su mano con toda claridad porque... BRILLABA.

Abrió el canal de transmisión de su casco, con la intención de avisar a alguien de su situación, de pedir auxilio... Demudado, se dio cuenta de que no funcionaba.

Gritó.

Lo que salió de su contraída boca fue un berrido animal, casi de agonía, de dolor sin imites. Por un momento, esperó que alguien le oyese.

No fue así. El milagro no se produjo.

Se tambaleó. Sentía algo raro en su cráneo, como si algo luchase por meterse en su interior.

Hacía calor, mucho calor. La mano ya no le dolía.

Supo que ardía, que todo su cuerpo se ennegrecía, se quemaba poco a poco, lleno de un fantasmagórico fulgor que le cubría. Pero ya no sentía dolor.

Un hedor asqueroso, a carne quemada, llenó su olfato. Su traje metálico también se derretía por la temperatura tan alta que parecía surgir de él mismo.

Intentó llevarse las manos a la cara. El casco se lo impidió, pero por poco tiempo porque se desgajó bajo la presión de sus poderosos dedos. Respiró casi con frenesí el aire frío que había en el exterior.

Después, cayó. Un colapso le quitó la vida, acabando con su sufrimiento.

* * *

Despertó bañado en sudor, jadeante. Miró en derredor, sobresaltado, como si notase cercana la presencia de alguien, de *algo* ominoso y terrible. Intentó taladrar las sombras sin conseguirlo.

Pronto se encendió una luz, activada por la computadora después

de una orden suya. Todo fue visible

entonces. Se vio a sí mismo en el lecho antigravedad, en su habitación...

Todo fue un sueño. Una pesadilla, mejor dicho.

Pero fue tan vivido, tan claro, que todavía tenía en su cerebro aquellas espantosas imágenes, como un recuerdo indeleble marcado con fuego en su mente. Todavía veía a Kaala, su amada, extendiendo los brazos hacia él, llamándole, pidiéndole que volviese a aquel paraíso que podía entreverse a sus espaldas. Y de repente, cuando estaba a punto de tocarla, ella parecía arder, combustionarse, mientras una risa malvada salía de sus negruzcos labios y el paisaje edénico se convertía en un inmenso desierto lleno de desolación y muerte.

Todavía lo veía... y se estremecía.

Miró los signos que aparecían en una pantalla. Llevaba más de seis horas durmiendo. Podía levantarse.

Así lo hizo y poco rato después estaba embutido en su traje de vacío. Se disponía a salir cuando un zumbido tenue llenó la atmósfera habitualmente silenciosa de su alojamiento.

La puerta se abrió, dejando ver a la persona que pedía permiso para entrar.

Era Zaia, la bella hembra de Axor. Su rostro reflejaba preocupación al verle.

—Ah, eres tú —suspiró Iss-Tar, mientras terminaba de colocarse el cinturón—. Pasa, pasa... ¿Sucede algo?

—¿Te encuentras bien? —preguntó ella, mirándole.

Iss-Tar alzó la cabeza. Ya tenía el cinturón puesto.

—Sí, estoy perfectamente —pareció sorprendido el Supremo—. ¿Por qué lo preguntas?

Las mejillas de Zaia no se tiñeron de rubor. Quizá si hubiera sido otra mujer, eso hubiera pasado pero ella pertenecía a un mundo que se caracterizaba por su naturalidad frente a la vida. ¿Por qué tenía que ruborizarse, pues?

—Me intereso por tu estado de salud, simplemente —contestó ella—. Por eso pregunté a la computadora qué tal te encontrabas. Su respuesta no era la misma que la que tú me acabas de dar, como puedes figurarte. Dijo que una gran tensión emocional estaba perturbando tus sueños.

Iss-Tar estuvo a punto de sonreír.

—Vaya, veo que te preocupas mucho por mí —observó—. Y eso va contra la naturaleza egoísta del ser humano, puesto que si algo me ocurriera a mí tú tomarías el mando.

—Si piensas eso de mí es que aún no me conoces —sonrió Zaia, sincera—. Y yo creía que me conocías bastante bien.

—Nunca se termina de conocer a un amigo. Ni a una amiga, por supuesto.

—¿Y a una amante?

Iss-Tar respingó, mirando ceñudo, y a la vez sorprendido, a la mujer que tenía enfrente.

—¿Te burlas de mí? —quiso saber el joven.

No, no se burlaba. Ella sonreía, pero no se burlaba. Iss-Tar creyó advertir en sus ojos un brillo especial, de malicia tal vez.

—¿Eso crees?

—No —respondió Iss-Tar muy quedo.

—¿Entonces…?

Iss-Tar no respondió esta vez.

—¿Por qué te empeñas en ser un lobo solitario, Iss-Tar? ¿Por qué? Sé lo mucho que amas a Kaala. Pero eso no quiere decir que no sepa lo que necesitas. Un hombre no puede aguantar tanto tiempo sin tener relaciones con una mujer. Ni una mujer, Iss-Tar… Y yo sigo aguantando para que seas tú el primero.

Iss-Tar la miró. ¿Era virgen? ¿Y quería que fuese él…?

—No, Zaia —dijo, turbado—. Por favor…

Ella se acercó, abrazándole después con frenesí.

—Ya no aguanto más, Iss-Tar. No cuando he tenido el valor suficiente como para llegar tan lejos…

Le besó. Iss-Tar cerró los ojos. ¿La amaba?, se preguntó. Quizá sí, en cierto modo, pues se encontraba a gusto en su compañía.

—Pero… ¿Y Kaala? No podré ocultárselo.

—Lo comprenderá, Iss-Tar —respondió la bella axorita—. Necesitas un amor en las estrellas, alguien que llene tus noches espaciales. Y, aunque no sé si ahora me amas, llegarás a amarme. Estoy segura.

Iss-Tar ordenó a la computadora que la luz se apagase. Y asi sucedió. Todo lo demás, sucedió a oscuras.

CAPITULO IV

Argón, el técnico axorita, también hacía las cosas prácticamente a oscuras, pero se las arreglaba bastante bien.

Era muy difícil conocer detalles sobre la complejidad electrónica de aquella nave sin ayuda de los aparatos externos o cosas que ayudasen a la identificación de cada uno de los aparatos. En aquel caso, tales ayudas no existían. Las paredes parecían sólo eso: paredes. Lisas y brillantes paredes de metal.

Pero un sencillo aparato de rayos X arregló la situación. Con él, pudo ver los complicadísimos mecanismos que se ocultaban tras el metal, examinándolo todo con gran atención. Grabándolo también al mismo tiempo en cinta magnética.

Fue tomando buena nota de todos y cada uno de los detalles que iba descubriendo.

Durante un rato, estuvo buscando algún mando que permitiese controlar la nave, que hiciese funcionar todo aquel complejo electrónico. No lo halló, para su decepción. Y, sin embargo, tenía que existir, debía estar en alguna parte. A menos...

Se acercó al único cadáver que se hallaba en aquella estancia. Era el de Osbery, el desertor de Orlox II. Miró el extraño objeto que adornaba su congelada frente.

Sí, esa debía ser la solución. El sistema de control de la nave podía ser muy parecido al del propio Xolter.

Telepatía: esa era la clave, igual que en Xolter, donde los mandos tenían un papel secundario. El máximo responsable de la nave enviaba sus órdenes mediante ondas telepáticas, que captaría una computadora.

Pero, al parecer, los sistemas de captación de aquella tecnología no eran tan sensibles como los de *Xark*. Por eso necesitaban un amplificador de ondas: aquel aparato que Osbery tenía en la frente.

Se inclinó sobre el cadáver. El amplificador de ondas parecía pegado a la piel sin vida, pero cedió ante un brusco tirón de los fuertes dedos de Argón. El aparato quedó en su mano y el axorita le echó un vistazo.

Parecía que sus teorías eran acertadas. Por eso se dispuso, sin más preámbulos, a colocar el amplificador en su frente.

Entonces, oyó el ruido. Eran sonidos de pasos, captados por los

micrófonos externos de su traje. Alguien caminaba hacia él.

Su primer pensamiento fue que sin duda se trataba de Oren, su colega y compatriota. Pero, al volver la mirada y sólo encontrar sus rasgados ojos la oscuridad más allá de la luz provocada por su indumentaria, tuvo que desechar la idea.

Seguía oyendo los pasos. Y no muy lejanos.

Se preparó para enfrentarse a quien quiera que fuese, mientras empuñaba su arma y la colocaba casi instintivamente en su nivel mortal.

No podía tratarse de ninguno de sus compañeros, puesto que los atavíos de Oren y Tseer también eran fosforescentes. Y, si no era ninguno de ellos, ¿quién podía ser?

Intentó abrir el canal de emisión de su casco mentalmente, con el propósito de comunicar lo que sucedía. Ante su sorpresa, no lo consiguió. Probó con el mando manual. El vello de su nuca se erizó.

El sistema de comunicaciones... ¡No funcionaba! No podía establecer contacto con Xolter. Ni con sus compañeros.

Alzó el desintegrador. Sabía perfectamente donde estaba el que caminaba por...

De súbito, dejó de oír nada. Quedó en silencio todo en derredor. Cualquier otro se hubiera engañado con aquel repentino silencio. Pero Argón sabía demasiado sobre electrónica para ello.

¡Tampoco funcionaban los sistemas de audición externos! Estaban mudos. No captaban ningún sonido pero Argón sabía que el peligro estaba allí, frente a él, escondido en las sombras.

Entonces... lo vio. Ante él, apenas a unos metros de distancia, con los brazos extendidos, las manos engarfiadas, en claro ademán... Se tambaleaba, por lo que todo el horrible cuerpo del monstruo parecía a punto de venirse abajo convertido en pavesas humeantes.

Estuvo a punto de soltar un alarido de terror ante la visión que había salido de las sombras, como un ser de pesadilla, avanzando hacia él. Retrocedió, verdaderamente aterrorizado, conteniendo a duras penas aquel grito de pánico que pugnaba por salir de su garganta.

—¡Alto...! —avisó, con voz entrecortada—. ¡Alto o disparo!

Pero la amenaza murió en su casco, sin llegar a salir de él, pues seguía sin funcionar el sistema de comunicaciones. Y aquel ser, un auténtico engendro salido de regiones sin nombre, continuaba su

camino, inmutable, inalterable.

Un destello cegador salió con violencia del cañón de su arma, alcanzando al monstruo, haciéndole resplandecer durante unos angustiosos instantes. Después, *siguió adelante,* como si nada hubiese pasado.

Era imposible, se dijo el joven axorita, al borde de la demencia. Nadie podía resistir el impacto de una descarga energética tan potente. Y, si aquel ser lo había logrado, si de nada servía el arma más potente creada jamás por el Imperio, ¿cuál sería su destino?

Volvió a disparar, obteniendo un nuevo fracaso en su intentona. Quiso correr, escapar, huir de aquel horror...

Su pie se trabó en algo, un bulto tendido tras él, haciéndole caer de espaldas, para mayor espanto de Argón, que supo en seguida cuál sería su suerte. Pero, a pesar de todo, quería vivir. Por eso intentó incorporarse de nuevo.

El monstruo no le dejó. Con una agilidad increíble en un ser que momentos antes parecía a punto de desplomarse, se abalanzó sobre él y le sujetó fuertemente, en una tenaza casi dolorosa.

Argón gritó. El cristal visor de su casco vibró.

Se resistió, forcejeando, pero aquel ser tenía una fuerza sobrehumana y él se debilitaba con rapidez, parecía perder fuerzas a una velocidad asombrosa. Un frío sobrenatural le invadió.

Apenas podía moverse. Y aquel frío que le congelaba hasta el alma...

Pronto cesó de luchar. Una delgada capa de blanca escarcha le cubría como un sudario helado, venido de remotos mundos donde el frío y la muerte eran una misma cosa.

* * *

—Seguimos sin conseguir comunicación, Supremo —informó un kamusita de piel escamosa, técnico en telecomunicaciones, con gesto preocupado.

Iss-Tar emitió un gruñido por todo comentario mientras se alejaba, ceñudo.

¿Qué habría pasado dentro de aquella misteriosa nave? ¿Por qué no respondían sus hombres a los intentos de conexión?

No había ningún fallo o avería en los sistemas de Xolter. Todo

parecía ir bien, al menos.

Tomó una repentina decisión.

Entonces, vio a Zaia. Sonreía y parecía radiante como las mismas estrellas que tachonaban el firmamento.

—¿Sucede algo, Iss-Tar? —preguntó—. Te veo preocupado.

—Sí, Zaia, sucede algo. No comunicamos con los científicos que mandamos a esa maldita nave. Lo hemos intentado varias veces, pero no responden.

—¿Qué crees que puede haberles pasado? —su sonrisa se esfumó, para dejar paso a un bonito gesto de preocupación.

—Cualquiera sabe —se encogió de hombros el Supremo—. Puede que sólo se trate de que no funcionan sus receptores...

—Sin embargo, tienes tus dudas... ¿No es así?

—Me conoces bien, ¿verdad? —sonrió esta vez el Supremo.

—Sí, supongo que así es —los labios carnosos de la bella axorita también se distendieron en una sonrisa cordial—. Llevamos muchos ciclos juntos.

Sin duda recordaba lo sucedido horas antes en la cabina del joven Iss-Tar, por lo menos, sí to hacía.

Fue hermoso, no cabía duda. Pero también un error. Ahora que había sido desvelado el enigma de los Dull-Zacx casi en su totalidad y el Imperio comenzaría las medidas represivas para acabar con la rebelión y arreglar el asunto de una manera civilizada, acabaría la guerra —menos mal— y el joven Iss-Tar sería retirado del mando activo. Probablemente, no volverían a verse jamás.

Respiró con profundidad. El viaje de retomo sería largo y habría tiempo de enmendar las equivocaciones y poner las cosas en su sitio para que ninguno de los dos saliese herido de aquella situación y siguiesen siendo buenos amigos.

—Entonces... ¿qué piensas hacer?

Iss-Tar salió de su burbuja de pensamientos y volvió a la realidad.

—Supongo que la única solución es mandar una patrulla para averiguar lo sucedido —respondió el Supremo—. ¿Tienes alguna idea mejor?

Zaia se encogió de hombros y negó con su morena cabecita.

—Como tú has dicho, ésa parece ser la única solución.

—Entonces...

Pulsó un botón y habló a través de un monitor. En él apareció la imagen de Corvaan.

—Habla Iss-Tar, Supremo de Xolter —dijo—. Llamada para el *Kommander* Corvaan, jefe de Seguridad Interior. Preséntese inmediatamente en el Puente de Mando.

Una vez dada la orden, comenzó a andar hacia el puente.

—Ven si lo deseas —invitó a Zaia.

La joven volvió a sonreír y le siguió. La puerta de guillotina se abrió ante ellos y pudieron entrar en el Puente de Mando. Pocos momentos después, hada lo mismo el musculoso *asser* de piel rojiza llamado Corvaan.

—Se presenta el *Kommander* Corvaan, Supremo —saludó a la usanza militar de las Fuerzas Imperiales.

—Descansa, amigo mío —le hizo un ademán Iss-Tar—. Y siéntate. Tú también, Zaia.

Obedecieron.

—Supongo que te estarás preguntando la razón por la que te he llamado —comenzó—. Bien, es ésta: no tenemos contacto con los hombres que mandamos a la nave Dull-Zacx. No sabemos la causa, pero asi es. Es posible que sólo sea una avería en sus sistemas de recepción que fácilmente puede subsanar Argón, uno de ellos. Pero no podemos correr riesgos.

»Otra patrulla irá a la nave para averiguar qué demonios pasa. Tú estarás en ella, puesto que ya estuviste una vez en esa cosmonave.

—¿Llevaré yo el mando? —preguntó el *Kommander*.

—No —negó el Supremo—, pero elegirás a los que compondrán la patrulla. Llevaremos armas y equipo médico. También material de reparaciones. Ocúpate de todo. Zaia.

—¿Has dicho «llevaremos»? —preguntó la joven axorita—. ¿Irás… con ellos?

—Sí, llevaré el mando.

Zaia miró a Corvaan. Después, a él.

—Presientes que hay peligro, que sucede algo malo… ¿verdad?

Iss-Tar se levantó de su asiento.

—Sí —respondió—. No puedo ocultároslo. Estoy seguro de que lo que nos espera allí dentro no nos va a gustar.

—Y tú vas al peligro como las mariposas a la llama

—casi le reprochó la mujer que compartía el mando junto a él—. Sientes su llamada.

—No puedo negarte que así es —replicó con frialdad el joven—. Y es por haber acudido al peligro cuando éste me llamó por lo que soy Supremo en esta nave. De nuevo oigo su voz... y no le defraudaré.

Zaia se marchó de allí, furiosa, con las lágrimas a punto de saltar.

* * *

Unas horas después, estaban preparados y con todos los pertrechos listos en la sala que se destinaba para las proyecciones al exterior. Para ese tipo de proyecciones, y teniendo tanto equipo, no bastaban los cinturones, por lo que la teleportación se efectuaba con un cañón de alta frecuencia.

Los átomos, desintegrados por el mismo principio de las armas que el Imperio utilizaba, pero enlazados por una poderosa corriente electromagnética que impedía su total separación, eran proyectados al espacio por un chorro de alta frecuencia. Ese era el principio del teletransporte. Y, normalmente, toda la energía necesaria para un viaje corto la facilitaba el cinturón que todos llevaban. Pero en un caso de grandes distancias, y para evitar errores desagradables, se usaba una onda más alta aún de frecuencia, que necesitaba más energía.

Y allí estaba el aparato que les enviaría a la nave Dull-Zacx, en aquella sala en la que ahora se encontraban.

Eran tres los milicianos que se ocupaban del mando y buen estado del proyector. Los que iban a pasar por el aparato eran, de nuevo, cinco seres: el *Kommander* Corvaan, un kamusita, un humanoide de Vanan III, un hombre —estos dos acompañaron al *asser* en la primera exploración—, y el propio Supremo de Xolter, el joven Iss-Tar.

Entraron en una cabina especialmente diseñada para aguantar el tremendo caudal de energía que se desataría en su interior y aguardaron durante unos instantes. Poco después, un chasquido anunciaba el momento supremo.

Quedaron inundados de radiante luz durante unos segundos.

Pero no sintieron nada, salvo un extraño cosquilleo. Al instante, perdieron la sensibilidad, y supieron que ya no eran materia, sino simples partículas viajando a velocidad de vértigo por el vacío de las estrellas, en un viaje que apenas duró unos instantes.

Cuando recuperaron la sensibilidad y pudieron pensar con claridad, el entorno había cambiado. Ya no estaban en Xolter, sino que habían dado un salto gigantesco hacia la nave Dull-Zacx anclada en el espacio.

El silencio y una oscuridad sólo rota por el resplandor de sus uniformes dorados era lo único que tenían en derredor, aparte de las metálicas paredes de color plata que reflejaban casi por completo la luz que ellos mismos producían.

Corvaan reconoció el lugar.

—Es la estancia desde donde parece ser que se controla toda la nave.

Iss-Tar asintió. Ya había visto la negra semiesfera de cristal que se hallaba en mitad de la sala.

—Aquí debería estar Argón —comentó—. Al menos esas fueron sus órdenes.

Miró en derredor. No vio ningún resplandor en la sala, salvo los de los componentes de su patrulla. Allí no estaba Argón.

Conectó con Xolter.

—Iss-Tar emitiendo —dijo—. Zaia... ¿Está Zaia?

—Sí, Iss-Tar —oyó la voz de la joven en los auriculares de su casco—. Soy yo. ¿Sucede algo?

Iss-Tar sonrió. Sin duda ya se le había pasado el enfado.

—Quiero información, hermosa —respondió, bromeando a pesar de la tensión que sentía—. Ya he preguntado a la *xark* lo que deseo: que rastree toda esta nave y señale cuáles son los focos donde se detecta vida. Dame la respuesta.

Hubo unos instantes de silencio al otro lado.

—La respuesta no es muy alentadora, Iss-Tar —comentó la axorita—. Según la computadora, sólo hay *cinco* seres vivos en su interior, es decir, vosotros.

El Supremo suspiró.

—No da muchos ánimos, es verdad —corroboró—. Bien, Zaia, volveré a conectar dentro de cinco minutos aproximadamente.

Cerró la comunicación.

—Malas noticias, muchachos —se volvió hacia sus compañeros —. Según *Xark,* nuestros amigos están muertos.

—¿Muertos? —el felino de Varían III parecía sorprendido.

—... O, al menos, no se hallan en la nave —concibió una pequeña esperanza.

Nadie habló, pero en la mente de todos estaba la misma pregunta: ¿Qué demonios estaba pasando en aquella nave maldita?

—Bien, no sigamos aquí como pasmarotes —animó Corvaan—. Busquémosles.

Empezaron a buscar por aquella sala.

Y fue precisamente Iss-Tar el que descubrió el cadáver de Argón, tendido como un pelele sobre el cuerpo sin vida de Osbery, el Dull-Zacx. Casi formaban una cruz humana en el suelo metálico.

De no haber sido por la luminosidad que desprendía su traje de vacío, seguramente hubiera tropezado con ellos, pues, inexplicablemente, el de Argón no emitía aquella luz química característica. Era... como si se le hubiera acabado la energía.

—Corvaan —llamó—, los he encontrado. Al menos, a Argón.

—¿Muerto...?

—Exacto —respondió, con voz ronca—. Y congelado, al parecer.

Se cercioró, inclinándose sobre el caído e hincando la rodilla para verle mejor. Como temía, su rostro estaba blanco por la escarcha. Y su mandíbula desencajada por un grito postrero a un horror presenciado. Sus ojos, desorbitados por el miedo. Todo ello contribuyó al desasosiego del joven Supremo.

Oyó pasos veloces tras él. Se volvió. Era Corvaan, acompañado del otro humano del grupo.

—Tenías razón, Corvaan —comentó el joven, con la sangre fría de un hombre acostumbrado a ver el rostro de la Muerte—. Sea lo que sea lo que provoca estas muertes, debe ser bastante feo, a juzgar por el gesto de terror que todos parecen tener como único rasgo común, aparte del hielo.

—Sí, sea lo que sea —dijo el *asser,* inclinándose también para ver al finado—, debe helar la sangre en las venas.

—Y lo demás, al parecer —puso un poco de humor negro en sus palabras el Supremo de Xolter, aunque sin sonreír en ningún momento—. Me gustaría saber de una vez qué es.

Se levantaron, mirando en rededor.

—Pues la verdad es que yo no comparto tu curiosidad.

Esta vez sí sonrió Iss-Tar. Pero su sonrisa fue irónica.

— Muchas veces oí decir que los hombres rojos de *Asser* no conocen el miedo. Esta sería una buena ocasión para comprobarlo.

Corvaan no fulminó con la mirada a Iss-Tar por el respeto que le tenía debido a su grado. Pero tuvo deseos de hacerlo.

A pesar de todo, no pudo evitar una sonrisa nerviosa.

—Espero que esa ocasión no llegue nunca.

Iss-Tar miró a los demás. Mientras hablaban, habían llegado los demás hasta allí.

—Corvaan y tú —señaló al felino de Varían III —me acompañaréis para buscar a los demás. Vosotros seguiréis aquí, vigilando esto.

—De acuerdo —contestaron los dos últimos.

Los otros tres hombres comenzaron a caminar, saliendo de la sala por los restos desintegrados de una puerta de metal.

De nuevo volvieron a enlazar con la poderosa cosmonave miliciana que se mantenía parada a poca distancia de aquella otra en la que se encontraban en esos momentos. Iss-Tar volvió a oír la voz cálida y agradable de la mujer de Axor.

—¿Hay algo nuevo, Supremo?

—Me temo que sí, Zaia. Tenemos una noticia. Y desagradable. Hemos encontrado a uno de tus compatriotas. Argón. Muerto... y helado hasta las uñas, como los demás.

—Dioses... —pudo oír Iss-Tar—. ¿Y los demás?

—Los estamos buscando, Zaia.

—Tened cuidado —aconsejó la axorita, mientras el Supremo desconectaba su receptor.

—¿Piensas que encontraremos alguno vivo? —le preguntó el *asser.*

—Me gustaría equivocarme, viejo amigo —contestó—. Pero no albergo demasiadas ilusiones.

Tardaron algún tiempo, pero al final las sospechas de Iss-Tar fueron cobrando forma. Sobre todo cuando encontraron el cuerpo congelado de Tsoer, el insectoide inteligente que formó parte del trío científico enviado a la nave Dull-Zacx.

Las características eran las mismas que en los demás casos. Y ninguno sufrió una sorpresa al hallar el inerte cadáver en una

cabina, muy cerca de un lecho donde se encontraba también otro cuerpo sin vida: el de una mujer de raza humana, seguramente del planeta Orvhalon, totalmente desnuda. Los ojos de la mujer casi habían saltado de las órbitas en el momento de la muerte y su cuerpo estaba en trágica postura, como si hubiera forcejeado hasta el último instante. Así lo demostraban las sábanas, muy revueltas.

El felino casi humano examinó al insectoide, mientras los otros dos miraban a la mujer. Iss-Tar se fijó en todos los detalles.

Se acercó más, mirando fijamente el vientre y las manos desnudas de la mujer. Pasó el índice por el congelado estómago. Observó después su dedo, ennegrecido de pronto. Se lo limpió después, mientras apretaba las mandíbulas, pensativo.

—¿Has encontrado algo interesante? —le preguntó Corvaan, el *Kommander*.

Iss-Tar no le contestó de inmediato, sino que le dijo:

—Mira esto.

Sujetaba en su mano una sábana.

—Es... una sábana —respondió, aturdido.

—Qué inteligencia más portentosa —pareció asombrado el Supremo—. No me refería a eso, sino a las manchas.

—¿Manchas?

Corvaan le miró con algo parecido a la ironía. El encontraba muy natural hallar manchas extrañas en las sábanas con las que cubría su cuerpo una mujer tan hermosa como aquélla. Pero esas «manchas» tenían fácil explicación, sobre todo si la mujer estaba desnuda y había tenido poco antes de morir un joven junto a ella.

A pesar de todo, miró las manchas.

Quedó sorprendido al averiguar que se había equivocado. No era esperma lo que ensuciaba las sábanas, puesto que las manchas eran oscuras. A Corvaan le recordó las que suele dejar un animal recién asado en las prendas de vestir de los que lo degustan.

—Parece...

—Sé lo que parece —le cortó el Supremo—. Y estoy seguro de que si se analizase el resultado sería: «cenizas orgánicas mezcladas con grasa animal, probablemente humana».

—¿Estás... seguro, dices? —sintió asco ante lo que aquello significaba.

—Sí —respondió Iss-Tar—. Y no es sólo eso. El vientre y los

brazos de esta mujer también tienen manchas parecidas, aunque casi confundidas con la capa de hielo.

—Y eso… ¿qué quiere decir?

—Que un ser que dejaba estas manchas donde tocaba fue el causante de, al menos, esta muerte —respondió Iss-Tar—. Y este cadáver tiene las mismas características que los demás, por lo que debemos deducir que su *asesino* fue el mismo.

—¿Asesino…?

—Sí, Corvaan, creo que ésa es…

De pronto, un espantoso grito brotó de sus auriculares, ensordeciéndoles, obligándoles a llevar las manos a los cascos. Un grito que casi puso de punta sus cabellos, pero que duró escasos instantes.

Después, una voz entrecortada llegó hasta ellos.

—Atención, habla… Boerich —oyeron—. Está… *está matando a Gaart.* Por favor, ayúdennos… ¡Es horrible! Gaart está gritando, aunque no le oigo. SE QUE ESTA GRITANDO. Supremo… ¡Favor!

CAPITULO V

La sorpresa duró unos segundos. Suficientes, sin embargo, como para que se dejasen de oír más cosas. Iss-Tar intentó desesperadamente restablecer la comunicación sin conseguirlo.

En vista de su fracaso, echaron a correr, arma en ristre, volviendo por donde vinieron. Fueron a toda velocidad, por lo que varias veces tuvieron que aflojar para recuperar el aliento.

Tardaron varios minutos en volver, gracias a los indicadores luminosos que iban dejando antes para saber el camino. Y, cuando llegaron, ya era demasiado tarde.

Corvaan y el nativo de Varían III examinaron los cadáveres del humano y del kamusita muertos. Habían perecido de lo mismo que los demás.

—Bien —suspiró Iss-Tar—, entonces ya sabemos que el causante de estas muertes tiene forma física. Y, por tanto, se le puede matar.

El variano se acercó hasta él, con las armas de los finados en sus manos, tan parecidas a garras, negando con la cabeza.

—Yo no estoy tan seguro, Supremo —opinó—. Estas armas fueron utilizadas por sus dueños. Su nivel es el desintegrador y no sirvieron para nada.

El *Kommander* Corvaan miró a su superior.

—Eso me recuerda algo —comentó—. Aquel cadáver...

—¿Cuál?

—El *tostadito.* Aquel que nos costó tanto acabar con él.

—En ese estaba pensando yo —afirmó también el felino.

—Pero estaba muerto, según vuestro informe.

—Eso parecía —se encogió de hombros Corvaan—. ¿Pero cómo se puede asegurar algo, sin temor a equivocación, sobre un tipo que parece salido de un menú caníbal y que resiste un impacto desintegrador?

—¿Quieres decir... que puede estar *vivo* todavía?

El *asser* volvió a encogerse de hombros.

—Es una posibilidad.

—Sí, y debo confesarte que yo también pensé en ella —se sinceró el Supremo—. Pero... parece tan absurda.

Señaló a Corvaan con el índice.

—Id a ver si ese muerto sigue en su sitio. Creo recordar que no estaba muy lejos. Yo me quedaré aquí.

—¿Solo? —Corvaan le miró como si estuviese loco.

—No te preocupes —intentó tranquilizarle el Supremo—. No pasara nada. Si sucede algo, os avisaré en seguida.

Los dos milicianos sabían que de nada servía protestar. Cuando Iss-Tar tenía algo metido entre ceja y ceja, no había modo de que nadie se lo quitara. Por eso obedecieron sin chistar. Además, estaban convencidos de que su jefe podía arreglárselas muy bien solito. En todo el Imperio era conocido por su sangre fría.

Poco después, Iss-Tar se hallaba solo.

Suspiró.

—Bien, ahora llegó el momento de la verdad —murmuró en voz bajísima para sí mismo.

Miró en derredor. Sólo vio oscuridad más allá de donde alcanzaba la luz de su indumentaria.

Nada más.

La luz lo único que permitía ver eran las bruñidas paredes de metal, que reflejaban los rayos, lo mismo que la cúpula negra, y los cuatro cadáveres que continuaban en aquella sala.

Nada menos.

Iss-Tar permaneció alerta. Estaba seguro de que el ser que causó aquella matanza estaba cerca de aquel lugar. ¡No iba a desperdiciar una víctima que se le ponía en bandeja!

Sí, Iss-Tar sabía que sería atacado. Y lo estaba deseando.

Quería ver cara a cara al monstruo, aunque encaneciesen sus cabellos por el temor, aunque terminase tan helado como aquellos desdichados que la luz permitía ver. Estaba preparado y sabía lo que hacía. No sería una presa fácil.

Sin saber exactamente por qué, su mirada se posó en el congelado Argón. Había algo que él... Lo vio de refilón antes, pero no se dio cuenta.

Se inclinó con una genuflexión y lo examinó de nuevo, aunque sin dejar de permanecer alerta a su entorno. Cogió la fría y agarrotada mano del muerto. Estaba cerrada, fuertemente apretada alrededor de algo.

Logró abrirla, aunque con dificultad, y cogió lo que el axorita había conservado incluso más allá de la Muerte. Lo reconoció en

seguida.

Era aquel extraño adorno que Osbery llevaba antes en su frente.

¿Por qué Argón se lo habría quitado?

Debía existir una razón. E importante. Iss-Tar estaba seguro de que el muerto descubrió la utilidad de aquello.

Pero eso no le servía de gran cosa si él seguía ignorando para qué servía.

Lo guardó entre la tela metálica de su atavío y el cinturón. Allí estaría seguro.

Entonces oyó aquel extraño roce tras él. Muy cerca. Casi *encima suyo.*

Sus reflejos actuaron al instante, casi sin pensarlo conscientemente. Ya que estaba en aquella postura, aprovechó para saltar por encima del cadáver y caer rodando más allá de él para escapar del inmediato peligro.

Escuchó el choque de un cuerpo contra otro y una especie de gruñido ininteligible mientras se incorporaba con rapidez. Así pudo ver a su atacante.

Ya una vez vio algo parecido, pero en la tranquilidad de una pesadilla. Pero aquello era distinto. Incluso más terrorífico. Un escalofrío recorrió su espalda.

Si aquel era el mismo monstruo con el que se tuvo que enfrentar Corvaan, entregaría sus galones por propia voluntad, sin que nadie se lo pidiese. ¡*Aquello* ya no parecía humano!

Ya sólo era una piltrafa repugnante, que se desplazaba con algo parecido a unas piernas, caía en el suelo, sobre Argón y Osbery. Parecía como si se descompusiera con extraordinaria rapidez, por alguna causa desconocida.

Iss-Tar sintió náuseas pero procuró resistirlas y pensar con claridad. Si no, estaría perdido. Caería bajo el brutal ataque de aquel ser monstruoso, que mataba con su solo contacto.

El monstruo también se incorporó, con sorprendente rapidez, mientras Iss-Tar echaba mano a su arma, colocada a la máxima potencia. Sabía que poca cosa podría hacerle con ella si había resistido los demás disparos de sus compañeros, pero confiaba, al menos, en parar sus ataques con ella.

Disparó. El impacto cogió desequilibrado a aquel horrible ser y le obligó a caer de nuevo. Eso fue lo único que consiguió.

Ante sus ojos, el *ser* volvió de nuevo a las andadas. Su asqueroso cuerpo parecía burbujear, y de cada burbuja, al reventar, brotaba una vaharada de humo.

Era increíble que continuase en pie. Pero no sólo hacía eso, sino que también se abalanzó sobre Iss-Tar, que tuvo que pararle con un nuevo disparo.

Sin embargo, pronto optó por no utilizarla. Parecía como si se fortaleciese con cada nuevo impacto. Esquivó el siguiente ataque, eludiendo ágilmente las zarpas horribles del engendro. Al mismo tiempo, vio brillar con más intensidad aún sus ojos.

Todo quedó a oscuras, para su asombro.

Su traje... ¡Había dejado de producir luz!

¡Y sólo por la proximidad de aquel ser surgido de sólo los dioses sabían qué oscuras estrellas!

Durante unos instantes, sintió que el pánico se apoderaba de él.

¿Y si tampoco funcionaba su transmisor?

La respuesta la halló instantes más tarde, y no contribuyó a tranquilizarle. Como temió, no funcionaba.

Con un gran esfuerzo, se tranquilizó. Podía ver a la perfección los diabólicos ojos del monstruo, como dos luciérnagas mortíferas, muy cerca. Demasiado cerca.

Retrocedió. Se preguntó si podía ver en la oscuridad. Si era así, su destino estaba sellado.

Recordó entonces b que hallara en las manos de Argón. Su plan falló, pues no tuvo en cuenta los poderes de su adversario. Ahora, con la Muerte tan cercana, nada podía perder. Quizá aquello le ayudase.

Lo sacó, mientras no paraba de retroceder en silenció, temiendo tropezar con algo. Comenzó a sentir dificultades para respirar. También se había quedado sin energía el suministrador de oxígeno.

Se despojó del casco sin contemplaciones, arriesgándose a respirar el aire frío de la nave, que golpeó su cara. Lo arrojó lejos, con la esperanza de desconcertar al monstruo. Se oyó un golpe sordo al impactar en algo.

Por unos segundos, aquellos terribles ojos desaparecieron. Eso quería decir que su maldito dueño se había dado la vuelta, atraído por el ruido.

Un hedor mareante llenó su olfato. De nuevo volvieron las ganas

de vomitar.

Se colocó con rapidez el aparato en su frente. Quedó pegado a ella al instante.

Entonces, todo se llenó de luz De las paredes brotó aquella extraña luminosidad que lo llenó todo, que permitió ver con claridad todo lo que pasaba.

El monstruo se volvió hacia él. Le miró durante unos brevísimos momentos, como si dudase, y se alejó después a toda velocidad, escapando de allí.

* * *

Poco después, entraron en la sala los dos milicianos a sus órdenes. Tenían las armas en las manos, dispuestos a todo.

—¿Qué ha sucedido, Supremo? —le preguntó Corvaan, al verle sin el casco y con aquella cosa en la frente. El cristal que tenía en su centro brillaba.

—Hace un momento he sido atacado por ese tipo tan feo al que vosotros creíais muerto —informó.

—Pero... eso es posible, señor. Con todo respeto, debo decirle que el cadáver continúa en su sitio, igual de quemadito que siempre, pero tieso como un palo.

Iss-Tar no se alteró.

—Entonces, eso quiere decir que *era otro* el que me ha atacado y averiado todos los circuitos de mi traje. Como ves, nada en él funciona. Trae un detector de energía.

El variano obedeció. El detector dio nulo.

—Bien, aquí tenemos la respuesta —sonrió Iss-Tar, pese al peligro que corrió momentos antes—. Ese ser es una especie de batería ambulante, que absorbe la energía de todo lo que ve. Al tocar a un humano, le deja «seco». Es decir, le absorbe toda su vitalidad, su calor, su energía.

—Un vampiro... —comentó el variano.

—Sí, así podría llamársele —aceptó Iss-Tar—. Vive a costa de las muertes de los demás. Incluso absorbe la energía del desintegrador, pese a ser tremenda y producirle extraños efectos. Es un peligro demasiado grande. Debe ser destruido.

—Pero... ¿cómo? —se atrevió a preguntar Corvaan—. Si absorbe

la energía de tos desintegradores...

—Quizá Osbery lo supiera —señaló el cadáver del desertor imperial.

—¿Y de qué nos sirve? Lo mejor es traer más hombres y organizar una batida por toda la nave para cazar ese monstruo —opinó el felino.

—¿Y arriesgamos a perder más vidas? —dudó el Supremo—. Además, recuerda que son dos...

—Uno está muerto.

—¿Cómo puedes saberlo? —utilizó los mismos argumentos de Corvaan contra él—. Debe haber algo: un diario de a bordo o algo parecido en alguna parte. Quizá en la computadora de esta nave.

—¿Y dónde demonios está la computadora? ¿Cómo se lo vas a pregunta?

Iss-Tar se dirigió primero al variano.

—Comunica con Xolter y explícale lo sucedido, para tranquilizarles. —Miró después a Corvaan—. Me has preguntado que cómo. Con esto.

Señala el controlador de su frente.

—El principio de control de esta nave es el mismo que el de Xolter, aunque quizá más rudimentario. Este es el enlace entre el ente inteligente y la computadora. Con él, tengo pleno poder en esta nave, igual que en Xolter.

Se concentró. En su mente sólo había una idea: la de enlazar con la computadora.

La semiesfera se llenó de luz durante un instante, sorprendiéndoles. Después, apareció en su interior una imagen: el espacio y, en su centro, Xolter. Una voz metálica surgió de alguna parte.

—Destructor imperial detectado a poca distancia. Sus ocupantes no parecen esperar un ataque, por lo que aconsejo una ofensiva rápida Todas las armas encañonando a la nave. Espero la orden

Los tres imperiales respingaron. La semiesfera... no era más que una gigantesca pantalla.

—No, computadora —habló Iss-Tar—. No destruyas la nave imperial. Y aparta las armas.

—Orden cumplida.

—A partir de ahora, eres una propiedad de la milicia imperial.

Borra de tus memorias todas las órdenes que te dieron sobre la destrucción de las naves del Imperio.

— *Ya están borradas.*

—Vaya —se sorprendió Corvaan, el *Kommander—,* una computadora que habla. Todo un invento.

—Sí, pero... ¿de quién?

Había llegado el momento de la verdad, de aclarar las dudas que existían en tomo al origen de aquella tecnología tan extraña. Decidió conocer las respuestas inmediatamente.

—Dime, computadora... ¿Quién diseñó esta nave? ¿De qué planeta era?

—*Esta nave fue diseñada por un grupo de científicos e ingenieros para defender la Colonia Dos, satélite artificial adaptado para la vida humana y construido por los habitantes del planeta Tierra.*

—¿Tierra? No sé de ningún planeta que se llame así. ¿Dónde se halla ese mundo?

—*El planeta Tierra es el tercer planeta que orbita a la estrella llamada Sol en el Sistema de su nombre, situado en la Vía Láctea, una galaxia muy lejana. Según la nomenclatura del Imperio, es el planeta deshabitado Bx-421-Alfa.*

Iss-Tar miró al variano, el felino humanoide. Hasta aquel momento había estado hablando con Xolter.

—Ya he pedido datos sobre ese planeta —informó, anticipándose a Iss-Tar—. Dentro de unos momentos los tendrán.

Iss-Tar sonrió.

—Ya está, señor. Zaia me está dando los datos —dijo—. Planeta inhóspito de pequeño tamaño, con un solo satélite natural. Es el tercero de su sistema. Hubo pocas exploraciones, por lo que apenas se sabe nada de él.

El Supremo asintió.

—Pues parece que nuestra amiga, la computadora, está diciendo la verdad. Probablemente hubo vida alguna vez en ese planeta y tuvieron una gran tecnología, aunque después desapareciese la raza. Sin duda, alguno de los embajadores del Sector Trece sabía algo de esto y pudo apoderarse de estas naves para secundar la rebelión.

—Es lo más probable —estuvo de acuerdo Corvaan—. ¿Y qué sabe este montón de cables sobre ese bicho asado?

—Lo veremos. Computadora, seguramente sabrás —se sorprendió

a sí mismo tratando como a un ser pensante a una máquina—. Bueno, tendrás datos sobre la existencia de un ser muy particular que deambula por la nave, ¿no?

—*Afirmativo.*

—¿Sabes algo sobre él?

—*Los únicos datos que posee este mecanismo sobre el susodicho ente se encuentran en la última grabación del Supremo Osbery.*

—Supremo, ¿eh? Subió rápido desde su deserción. Pasa esa grabación. Quiero verla.

La computadora así lo hizo al instante, y la imagen dentro de la semiesfera cambió, apareciendo, en Tres- Dimensiones, el rostro de Osbery, hablando, diciendo algo.

* * *

(Ultimas palabras del Supremo Osbery, grabadas en la memoria de una computadora Dull-Zacx.)

Espero que estas palabras, pronunciadas antes de mi muerte, sirvan para algo, sea hallada por mis compañeros o por nuestros odiados enemigos, los soldados del Imperio. Sea quien sea que oiga esto, debe saber el gran peligro que se oculta dentro de esta nave maldita, esperando para caer sobre cualquiera que sea lo suficiente audaz como para meterse aquí.

Todos mis compañeros han muerto, aquejados por lo que yo consideré al principio una serie de asesinatos cometidos por algún traidor a nuestra causa y después como una extraña epidemia. Sólo ahora, cuando es demasiado tarde, sé cuál es la verdadera causa. Y ya nadie puede salvarse. Ni siquiera yo, el causante involuntario de todo esto, que también caeré bajo el horror que yo mismo liberé.

Para comprenderlo todo, debo empezar por el principio, por el día en que fui destinado para cruzar una región poco conocida del espacio y descubrí los restos de un majestuoso satélite artificial, donde se ocultaba una tecnología muy diferente a la del Imperio.

Pronto supe el nombre de aquel satélite: Colonia Dos. Una computadora me lo aclaró todo. Colonia Dos era una ciudad orbital destinada a albergar a unos afortunados supervivientes de la agonizante Humanidad que habitaba —hace miles de años, quizá millones— aquel planeta árido y contaminado que ellos llamaban Tierra, quizá como un

culto a la materia, simbolizado por la tierra. Pero al parecer, algo falló.

Un experimento, según parece, salió mal y el resultado de ese experimento, que debía ser un plasma energético, capaz de absorber energía y servir como alimento eterno, se volvió contra ellos al conseguir una inteligencia muy primaria.

Su poder resultó increíble. Fue imposible acabar con ese ser, capaz de introducirse en cualquier cuerpo viviente y dominarlo, produciéndole atroces quemaduras al no poder soportar la energía, y reproducimos por bipartición después de asimilar ciertas dosis de energía. Eso, unido al pánico colectivo, provocó la destrucción de Colonia Dos.

Fueron pocos los supervivientes y lograron huir a las estrellas. Nada más sabía de ellos la computadora. Pero yo sí lo sé. Lo adiviné cuando anduve por los archivos electrónicos, que hice funcionar con la energía de mi nave.

Jamás le dije a nadie lo que encontré allí. Y, de no ser por mi cercana muerte, nunca se hubiera sabido, pues destrocé los archivos. Pero ahora debe saberse todo, aunque caiga toda nuestra mitología.

Según aquellos archivos, el proyecto de construir una ciudad orbital donde pudiese vivir los supervivientes, se llamaba Proyecto CIUDAD DE CRISTAL. Y su nombre clave era: L. Earth-K.

Entonces lo comprendí todo.

L. Earth-K era... ¡Lorea-Ka, después de miles de años de cambios fonéticos!

La orgullosa Ciudad de Cristal no era más que el sueño de unos pocos hombres que deseaban volver a ella. Y nosotros somos los descendientes de esos hombres. Nosotros, los humanos del Imperio.

Pero no puedo seguir hablando de esto. Debo dejar sin energía a la nave, parar sus motores, para que ese maldito vampiro muera aquí, en la soledad del espacio, vagando por toda un eternidad, sin vidas que robar.

Por favor... Si alguien oye mis palabras, que salga inmediatamente de aquí. No os lo pido en nombre de los dioses. No después de saber.... lo que sé. Lo haga en nombre de la Vida, lo más maravilloso del Universo. Si no queréis perderla, huid.

* * *

Todos quedaron anonadados al oír aquello. Y especialmente Iss-Tar, que ordenó de inmediato, cuando comenzó a oírlo, que el

variano cortase la comunicación con Xolter.

Todo pareció derrumbarse a mi alrededor. Si aquello se llegaba a saber, la caída inevitable del Imperio se haría a pasos agigantados. Era mejor que no se supiera,

—¡Bah, paparruchas! —sonrió despectivo el *Kommander*—. Seguramente el terror le ablandó los sesos.

Iss-Tar asintió.

—Sí, seguramente esa es la verdad.

Pero en su fuero interno comenzaba a temer que no fuera así. Sin embargo, apartó de sí aquellos pensamientos, aunque para un hombre resulta difícil dejar de pensar en lo que le inquieta y ahora la duda estaba sembrada en su alma.

Todo lo que él había creído... no era más que cenizas en aquel momento. El sueño de billones de seres que esperaban volver a la Ciudad de Cristal no era más que eso: un sueño, una ilusión. Algo irrealizable.

—Pero nos ha dado bastantes datos sobre ese «vampiro». Por cierto..., ¿dónde estará?

CAPITULO VI

Como si la computadora le hubiese oído, comenzó a oírse su voz en toda la sala.

—Atención, intruso en el centro energético de la nave. Se dispone a entrar en estos momentos.

Iss-Tar respingó.

—¿En el centro energético? Por la Ciudad de... —se calló durante un instante—. Si absorbe toda la energía...

—Su cuerpo humano no lo resistirá. Se desintegrará —dijo Corvaan.

—¡Pero *él* no! ¡Será más peligroso que nunca! Sobre todo si se reproduce y nos encontramos con una legión de plasmas vivientes capaces de apoderarse de nosotros.

—Lo mejor es regresar a Xolter y desintegrar esta nave —opinó Corvaan.

—Yo no puedo regresar —negó Iss-Tar—. Mi cinturón no tiene energía tampoco.

—¿Entonces...?

—Regresa tú a Xolter y tráeme un cinturón. Te esperaremos, mientras tanto, con la luz apagada.

Dicho y hecho.

Toda la nave quedó a oscuras tras la orden mental de Iss-Tar, cortando la energía. La única luz que permitía la visión era el resplandor de los trajes fosforescentes *del* variano y Corvaan.

—Ahora el bicho se enfurecerá y vendrá aquí —comentó el felino, no muy contento con la idea de permanecer allí más tiempo.

—Sí, la única fuente de energía aquí somos nosotros —se volvió Iss-Tar hacia el jefe de las Fuerzas de Seguridad Interior de Xolter—. Date prisa.

Corvaan puso ambas manos sobre su cinturón de teletransporte. La energía desintegradora le envolvió durante unos instantes... y desapareció.

Iss-Tar suspiró. Ahora, sus vidas estaban en manos del *asser,* su gran amigo, que estaba seguro que se daría toda la prisa que pudiera para traerle el medio para regresar a Xolter.

Cogió su desintegrador. De bien poco servía su espantoso poder contra un ser capaz de alimentarse de ella. Pero era su única arma

que, milagrosamente, todavía funcionaba.

—Supremo...

Volvió la vista. Era el variano quien habló. ¿Quién si no?

—Cree usted... —comenzó el felino, que también tenía su arma en la mano—. ¿Cree usted que Osbery tenía razón?

El Supremo de Xolter tragó saliva. No le gustaba el tema, era evidente.

—No lo sé, Darth —respondió, para no complicarse la vida—. No podemos juzgar sin tener elementos de juicio. Sería necesario hacer una exhaustiva exploración de Bx-421-Alfa para saber a qué atenemos.

—Sí, claro... —asintió mecánicamente el nativo de Varían III—. Pero sería horrible si fuera verdad.

—Sí, supongo que así sería.

La única luz, ahora, era la del traje del llamado

Darth. Muy poca para dos seres que temen que la Muerte se halle en la oscuridad, escondida, esperando la oportunidad para caer sobre ellos y convertirlos en cuerpos rígidos, inanimados por un frío sobrenatural.

Era de esperar el ataque, naturalmente. Y se produjo.

* * *

Corvaan apareció en la sala de teletransporte. Para el regreso, sólo era necesaria la energía de los cinturones. Pero éstos quedaban descargados por completo al consumir todo en tal gran esfuerzo, quedando totalmente inútiles.

Las secuelas del abuso en la teleportación se dejaron sentir. Sobre todo después de grandes distancias. El *Kommander* quedó mareado durante unos instantes y estuvo a punto de caer.

Afortunadamente para él, un par de fuertes brazos le agarraron, impidiéndole estrellarse contra el suelo metálico.

—*Kommander* —oyó ya mejor—... ¿Se encuentra bien?

—Rápido... —se desasió casi con brusquedad del miliciano que le agarraba—. Dadme un par de cinturones... El Supremo no tiene energía en el suyo.

Uno de los militares de la sala de proyección se alejó con rapidez, para buscar los cinturones. Poco después, volvía, pero junto

la axorita Zaia que, en ausencia de Iss-Tar, tenía el mando de la nave.

—¿Qué sucede, Corvaan? —preguntó la joven, preocupada—. Se cortó la comunicación cuando estábamos en contacto.

—Se averió el sistema Darth —mintió el *asser,* cogiendo al mismo tiempo los cinturones.

—¿Qué piensas que estás haciendo? —se enfadó Zaia, arrebatándole con decisión los transportadores.

—El cinturón del Iss-Tar no funciona, Zaia. Debo entregarle uno. De otra manera, no podrá salir de allí, y las cosas cada vez están peor.

—No te preocupes —Zaia tiró uno de tos cinturones—, Iss-Tar tendrá este cinturón. Pero no se lo entregarás tú. No es tu estado. Otro viaje podría tener sorpresas que no podemos imaginar.

—Pero...

—¡No se hable más! Tu cuerpo no es de corcho. Ahora mismo pasarás por la enfermería. Vosotros os ocuparéis de ello.

—¿Y quién irá a la nave?

—Yo —respondió Zaia, decidida.

* * *

—¡Dioses!

Allí estaba. Podían ver perfectamente sus ojos, brillando como ascuas en la oscuridad. El variano retrocedió, espantado.

—¡Está ahí, Supremo! —gritó, apuntando con su arma—. ¡Está ahí!

—¡No, Darth! —Iss-Tar agarró la muñeca del felino inteligente—. ¡No dispares! ¡No aún!

—Pero... ¡Nos matará!

—Es posible, pero nada arreglaremos disparando a lo loco. Debemos estar seguros de que le daremos. Aunque no conseguiremos gran cosa, al menos rastrearemos su avance.

Darth hizo un esfuerzo para tranquilizarse.

—Tiene razón, Supremo —dijo, dominándose.

Iss-Tar le soltó, volviendo la atención hacia el monstruo, que cada vez estaba más cerca, aunque continuaba invisible. Apretó con fuerza su desintegrador. Sabía que no quedaba mucha carga, pero no

tenía recambio.

Entonces sucedió.

Como un huracán, *algo* saltó sobre ellos, cayendo encima del felino semi humano de Varían III, la mayor fuente de poder allí existente. Y, nada más tocarle aquella abominación, todo quedó a oscuras.

Durante unos escasos instantes, Iss-Tar no supo qué hacer. Sólo oía sonidos de cuernos enzarzados en pelea. Y nada más una vez se vio un destello cegador no muy lejos.

Decidido, optó por ver a su enemigo. La luz volvió de nuevo a las paredes de la nave y el Supremo pudo contemplar aquel terrible espectáculo.

Aquel ser... ¡parecía medio derretido! Estaba en constante ebullición. Tanto era el poder que circulaba a través suyo, que aquel cuerpo apenas podía soportarlo. Dejaba detrás suyo un rastro de carne corrompida, semilicuada casi, y negruzca.

Darth estaba allí, en el suelo.

Muerto, desprovisto de su fuerza vital.

Y ahora... EL ERA EL PROXIMO.

La idea se abrió paso en su mente como un doloroso relámpago.

Esta vez, aquel ser, producto de la equivocación del Hombre, engendro nacido por un error, no le dejaría escapar. Cuando cayese sobre él, sería uno más dentro de aquella nave maldita, un cadáver congelado.

Disparó, aunque sabía que de nada serviría. Sólo un milagro podría salvarle.

Como esperaba, sólo consiguió dar más fuerza aún

al odioso plasma que habitaba en aquellos restos humanos.

Y, de pronto, pensó que, a pesar de todo, quizá era posible el milagro.

A poca distancia de él apareció un resplandor que él conocía muy bien. Un resplandor que después se convirtió en un hermoso cuerpo de mujer, enfundado en un traje espacial dorado. En sus manos tenía un cinturón de teletransporte.

—¡Zaia! —gritó al reconocer a la mujer.

La axorita emitió un gemido de espanto al ver aquella *cosa* tan horrible y se abrazó al sorprendido Iss-Tar.

—Pero... ¿Estás loca, Zaia? —le reprochó Iss-Tar, mientras

retrocedían ante el acoso del monstruo—. ¿Por qué has venido?

—Corvaan no podía volver aquí —apenas pudo decir.

—¡Pues podías haber enviado a otro! —se desesperó el Supremo.

Se puso el cinturón con algunas dificultades.

Y fue entonces, aprovechando ese momento de distracción, cuando atacó el monstruo de la Tierra, saltando de forma inverosímil, incomprensible en un cuerpo como aquél, que parecía a punto de caerse en jirones.

Y que se caía casi.

El brinco le llevó hasta Zaia, que gritó, aterrada, al sentir el contacto de aquellas zarpas repulsivas en sus brazos. Y el grito se convirtió en un auténtico aullido al sentir un dolor sin límites allí donde tocaba aquel ser.

Iss-Tar vio el rostro desencajado de Zaia, que luchaba por conservar su vida. Se sintió invadido por un furor incontrolable, galvanizado por la idea de ver morir a aquella mujer con la que había compartido tantos años de su vida.

Actuó.

Puso toda su fuerza en el golpe y conectó su puño, de revés, en 1a asquerosa cabeza del monstruo. Su guante dorado se llenó de viscosa materia en descomposición, pero logró su objetivo.

El *vampiro* soltó los brazos de Zaia, quizá sorprendido por el golpe, y retrocedió unos pasos, mirando a Iss-Tar con los ojos convertidos en auténticas hogueras por su brillo.

Iss-Tar miró a Zaia. La vio lívida, con la faz convertida en una auténtica máscara de horror. Sus brazos, a la altura del codo, humeaban. El tejido metálico se ennegrecía.

Se miraron. Iss-Tar comenzaba a intuir la terrible verdad.

Con mayor rapidez cada vez, Jas quemaduras se fueron extendiendo a lo largo de los brazos, acompañadas por un fatigoso fulgor. Iss-Tar asistía horrorizado a la mutación.

Zaia cayó, retorciéndose de dolor. La posesión ya era inevitable. Poco después, la joven axorita lugarteniente del Supremo solo sería un cuerpo horrible movido por una criatura sin sentimientos.

Iss-Tar sabía lo que pasaba. Zaia había sido escogida para albergar en su interior una de aquellas abominaciones de una ciencia equivocada, después de consumir al ser principal la energía cruda suficiente como para reproducirse.

El nada podía hacer. Pero tampoco podía quedarse mirando la muerte de una mujer a la cual él quiso tanto, y que le amó sin condiciones. No podía dejar que su cuerpo sirviese de vehículo a aquellos seres.

Alzó el arma. Hubo un instante de titubeo, pero lo superó. Y disparó sobre aquel hermoso cuerpo que, poco a poco, se iba transformando en *algo* horrible, tan horrible como el engendro que continuaba allí, en pie, mirando un nacimiento pavoroso, de pesadilla.

El cuerpo de Zaia se llenó de luz. Iss-Tar temió que fuera demasiado tarde.

Afortunadamente, no fue así. Zaia se desintegró, desapareció convertida en moléculas dispersas que vagarían eternamente por el Universo. En su lugar sólo quedó un montón de espeso y viscoso líquido negruzco y *brillante.*

Por fin veía la verdadera forma del causante de todo aquello. Era aquel líquido, no cabía duda.

Un grito espeluznante brotó del monstruo. Sus cabellos casi se pusieron de punta.

Estaba claro que no le había gustado su acción. Ahora necesitaba otro cuerpo para su «hijito». Y… ¿Quién era el único que quedaba allí?

Naturalmente, Iss-Tar. Pero el Supremo de Xolter no compartía su idea de servir de vehículo a su vástago monstruoso. Por eso, decidió volatizarse.

Y nunca mejor dicho.

Poco después, estaba a salvo en la seguridad de Xolter.

* * *

—Yo… lo siento, Iss-Tar —se lamentó Corvaan, su amigo y compañero—. Debí volver yo…

Iss-Tar negó con la cabeza.

—No, Corvaan. La culpa no es de nadie. Ni siquiera de esa pobre criatura que ha llevado el terror hasta todos nosotros porque ése es su sistema para sobrevivir. Ni siquiera él tiene la culpa.

—¿La amabas?

—No lo sé —contestó el joven Supremo—. Y probablemente ya

jamás lo sabré con certeza. Así es la Vida, amigo mío. Un día nos lo da todo y al siguiente nos lo quita.

—Vas a ordenar la destrucción de esa nave, ¿verdad?

—Sí, Corvaan —contestó—. No tengo otro remedio, aunque sé que eso causará muchas iras en la Sede. Ellos querrán saber más cosas sobre esa nave de las que nosotros podemos proporcionarles. Y yo no puedo correr riesgos.

—Si quieren saber más sobre esas naves, que vayan a Bx-421-Alfa —opinó el *Kommander*.

—Sí, que vayan.

* * *

Durante unos segundos, pareció como si hubiera nacido una nueva estrella en aquella zona tan oscura del Cosmos. Una ingente bola de fuego apareció en las pantallas del Xolter.

Aquél era el final de un horror venido del espacio. ¿O no?

* * *

Iss-Tar de Vaal fue retirado del servicio activo pocos días después de llegar a la Sede Imperial, planeta donde se encontraba el gobierno en funciones, lugar desde el que se controlaba todo el Imperio. La ceremonia de despedida fue un acto castrense que se llevó a cabo en el astropuerto donde se hallaba la gigantesca cosmonave donde él ejerció sus dotes de mando como Supremo: Xolter.

La ceremonia le emocionó, naturalmente. Pero no porque en ella se ensalzasen hasta casi la exageración su valor e inteligencia.

No.

Ambas cualidades las poseía, claro está, pero era lo bastante modesto como para no ir predicándolas por ahí.

Eran muchos los años que se dedicó a viajar por el Cosmos en nombre del Imperio. Y una despedida siempre desata sentimientos escondidos.

Ese era suficiente motivo para que un hombre derramase lagrimones como puños. Pero Iss-Tar sabía controlarse.

Cuando terminó el acto, embarcó en una nave de transporte que

había sido fletada para transportarle a él solo. Aquella nave debía llevarle hasta el planeta que él eligiese, donde establecería su residencia para toda la vida.

Iss-Tar no eligió ninguno de los planetas ya colonizados totalmente. Al contrario, prefirió un mundo salvaje pero de indescriptible belleza, lleno de vida y colorido, en el que sólo vivían algunas tribus muy amistosas de humanos y unos cuantos imperiales atraídos por su agresiva belleza o por la aventura que supone vivir en un planeta donde no existen las comunicaciones de las grandes macrópolis del Imperio.

Su nombre era *Vax 5*.

Allí le esperaba el Amor, una nueva vida, la aventura de lo primitivo... Después de haberlo perdido todo y de sentirse roto, vacío totalmente, eso es mucho más de lo que cualquiera podría pedir.

* * *

Iss-Tar comenzó a andar hacia la pequeña casita de madera que se veía a no mucha distancia de donde él estaba, al lado del mar. Oyó un agudo, lejano silbido tras él.

Levantó la vista. La astronave que le había traído se marchaba de nuevo hacia la Sede.

Miró de nuevo al frente. No quería volver a pensar en el Imperio.

—Que se arreglen sin mí —se dijo, mientras seguía caminando—. A partir de ahora, sólo quiero ser feliz. Es lo único que deseo.

Ya había sufrido bastante.

El Destino le hizo ver lo corta que es la vida, lo fugaz que es una idea... Ahora, su vida sería Kaala, su único pensamiento sería ella.

Poco después, estaba junto a la casita. Iss-Tar supo en seguida, después de mirar por una ventana, que la bella nativa de Vax 5 no estaba dentro.

Se acercó a la playa.

Allí estaba. Mirando el mar, sentada sobre la arena caliente, con sus rubios cabellos brillando por los potentes rayos de la estrella-sol.

Aquél no era el amanecer, pues el sol ya estaba bastante alto, pero tampoco importaba demasiado. Lo único que Iss-Tar sabía es que la muchacha estaba allí.

—¡Kaala! —gritó.

La muchacha se volvió, con los ojos muy abiertos por la sorpresa. Pronto una lágrima brotó de ellos.

Se levantó como impulsada por un invisible resorte. Sólo vestía una pequeña pieza de piel marrón que tapaba su pubis. Su piel parecía hecha de puro bronce, gracias a la acción de las caricias solares. En cambio él... estaba tan paliducho...

Corrieron los dos y se abrazaron como locos, dándose fogosos besos que les hacía estremecer.

—Amor mío —sollozaba Kaala—. Has venido... ¡Has venido!

—Sí, Kaala —Iss-Tar limpió sus lágrimas—. He venido... Y nunca más me iré. Estaré siempre a tu lado.

Volvieron a besarse allí, sobre la arena, se amaron con la pasión de dos seres que se adoran y no esperaban volver a verse. Ahora sí eran el uno del otro, y nadie podría separarles.

Después, jadeantes y sudorosos, deshicieron su mutuo abrazo. Ya se había consumado de nuevo su amor, y se sentían felices.

—¿Ya ha terminado... todo? —preguntó Kaala—. ¿No volverás a irte?

Iss-Tar sonrió.

—No, mi amor, no me iré ya nunca más. Para mí, ya no existe nada más que tú y este planeta.

—¿Y... los Dull-Zacx? ¿Quiénes eran? ¿Se sabe algo?

—Sí, Kaala —su rostro se ensombreció—. El Imperio ya sabe quiénes son tos Dull-Zacx, y seguirán luchando contra ellos. Pero no creo que llegue a aniquilarlos por completo. Al contrario, es el Imperio el que está sentenciado.

—¿Tan poderosos son? —se atemorizó Kaala.

—Más de lo que puedes suponer —se lo contó todo, y, al terminar, dijo—: Pero no te preocupes más. Sólo debemos pensar en nosotros.

Kaala le miró, sorprendida, pero a la vez contenta.

—¿Qué te ha hecho cambiar tanto?

—No lo sé, pero me alegro de que las cosas que han pasado me hayan llevado hasta ti. Pude haber muerto, pero ahora veo que mereció la pena.

—Explícate —le pidió dulcemente la muchacha, para no forzarle si no quería.

Iss-Tar le explicó *todo* lo que sucedió a bordo de

Xolter, sin dejar escapar nada: la lucha contra los Dull-Zacx, sus dudas, el horror que se ocultaba en una nave errante, sus relaciones con Zaia...

—¿Murió? —Kaala parecía a punto de llorar por la muerte de aquella mujer a la que ni siquiera conocía.

—Sí, Kaala. Pero el Destino que le esperaba era mucho peor. Debemos estar contentos con que todo terminase así.

—¿Terminó? ¿Seguro?

Iss-Tar miró en derredor antes de responder:

— No, Kaala, estoy seguro de que no terminó.

* * *

Iss-Tar tenía razones para dudar.

Si ni siquiera podían estar seguros de haber destruido a los dos seres que ocupaban aquella nave que hicieron estallar. ¿Cómo puede una explosión matar a quien se alimenta de energía? ¿Cómo esperar que todo hubiese acabado?

Colonia Dos estaba llena de aquellos seres. Eso, al menos, es lo que cabía esperar. Entonces... ¿No tendrían todas las naves rebeldes un monstruo particular?

Mucha gente se hubiese salvado si esto se hubiese sabido antes. Pero, claro... ¿Cómo sospecharlo siquiera?

Ni Iss-Tar, el héroe de este relato, pudo intuir nada hasta que se hallaban inmersos en el horror. Y eso que poseía una gran sensibilidad...

* * *

Debteo, Supremo de la cosmonave de combate llamada *Ka-Dar,* miró la imagen del navío Dull-Zacx que se había formado en las pantallas del *drax.* Estaba parada en el espacio, como averiada. Y él nada sabía, puesto que en esos momentos se hallaba demasiado lejos, sobre la aventura vivida por cierto Supremo Iss-Tar.

Consultó a la *xark.* Su respuesta fue escueta: no había vida en aquella nave.

Sonrió. Era una espléndida oportunidad...

FIN